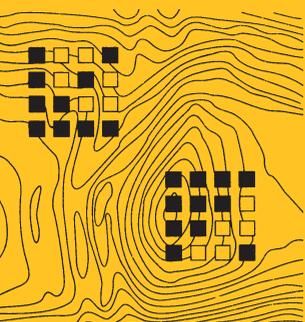


Año 2018. urtea

N.º 30. zk.



TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA NAVARRA

SEPARATA

La cerámica medieval de Estella

Jaime AZNAR AUZMENDI

La cerámica medieval de Estella

Lizarrako Erdi Aroko zeramika

Medieval pottery of Estella

Jaime AZNAR AUZMENDI
Arqueólogo
j.aznar.auzmendi@gmail.com

Mi agradecimiento a Mikel Ramos, a sus cualidades personales y sobre todo a su generosidad; tuve el gran privilegio de acceder a un material cerámico inédito. También cabe destacar la labor del personal de la Sección de Bienes Muebles y Arqueología del Gobierno de Navarra: Jesús Sesma Sesma, Jesús García Gazólaz y Rubén Jiménez. Y, por último, el criterio investigador de Eloísa Ramírez y Carlos Laliena, imprescindible para llegar hasta aquí.

Recepción del original: 12/09/2018. Aceptación provisional: 13/12/2018. Aceptación definitiva: 30/01/2018.

RESUMEN

Estudio de cerámica medieval sobre los restos aparecidos en el término municipal de Estella. Los materiales fueron recogidos durante las excavaciones arqueológicas que tuvieron lugar entre los años 2000 y 2010. La variedad tipológica y cronológica de las piezas permite reconstruir el pasado de la ciudad desde el siglo IX, antes de la transformación urbana experimentada a finales del siglo XI. Además, se evalúa la importancia de las relaciones comerciales, en función de las características técnicas y morfológicas de las cerámicas.

Palabras clave: Estella; cerámica; Edad Media; sociedad; comercio.

LABURPENA

Lizarrako udalerrian Erdi Aroko aztarnetan azaldutako zeramikaren ikerketa. 2000 eta 2010 urteen bitartean egin ziren indusketa arkeologikoetan jaso ziren material horiek. Piezen aniztasun tipologiko eta kronologikoak hiriaren iragana IX. mendetik berregitekero aukera ematen du, XI. mende bukaeran hiriak izandako eraldaketaren aurretik. Gainera, merkataritza harremanen garrantzia ebaluatzen da, zeramiken ezaugarri tekniko eta morfologikoen arabera.

Gako hitzak: Lizarra; zeramika; Erdi Aroa; gizartea; merkataritza.

ABSTRACT

Study of medieval ceramic on the remains found over the township of Estella. The materials were collected during the archaeological digs that took place from 2000 to 2010. The typological and chronological variety of the aforementioned pieces allow to reconstruct the past of the town from the 9th century before its urban transformation at the end of the 11th century. Besides, the importance in trading relationships is evaluated according to the technical features in the pottery and its morphology.

Keywords: Estella; ceramics; Middle Age; trade.

1. INTRODUCCIÓN. 1.1. Marco geográfico. 1.2. Marco histórico. 1.3. Metodología y estado de la cuestión. 2. PROCESOS TECNOLÓGICOS. 3. ANÁLISIS TIPOLÓGICO, DECORATIVO Y CRONOLÓGICO. 3.1. Tipologías. 3.2. Técnicas decorativas. 3.3. Criterios cronológicos. 4. USOS DE LA CERÁMICA. 4.1. Navarra. 4.2. País Vasco. 4.3. La Rioja. 4.4. Aragón. 4.5. Valencia. 4.6. Otras localizaciones. 5. CONCLUSIONES. 5.1. Una cerámica andalusí en Estella. 5.2. Cerámica y desarrollo urbano. 6. LISTA DE REFERENCIAS.

1. INTRODUCCIÓN

La correcta interpretación de un yacimiento se fundamenta en indicadores que permitan reconstruir su secuencia cronológica y cultural. El estudio de la cerámica cumple dicha función de manera ejemplar, por lo que se hace necesario contar con amplios repertorios sistematizados. La arqueología medieval se nutre, en gran medida, con publicaciones de esta índole. Siguiendo tales premisas, la localidad navarra de Estella adquiere un inusitado atractivo. Se trata de una población relativamente pequeña, cuyo casco histórico alberga verdaderas joyas arquitectónicas. La cantidad de yacimientos excavados y su estratégica dispersión permitieron aflorar material arqueológico de gran valor entre los años 2000 y 2010. Dichas intervenciones fueron realizadas bajo la dirección de Mikel Ramos Aguirre.

1.1. Marco geográfico

Estella es uno de los municipios más emblemáticos de Navarra, situado en el curso medio del río Ega, dista 44 km de la capital, Pamplona. Los evidentes atributos naturales y patrimoniales de la ciudad la convierten en punto de referencia obligado, puesto que no en vano fue cabeza de una de las subdivisiones administrativas del reino durante la Edad Media, la merindad de Estella. Geográficamente, comprende una superficie a la que también da nombre: Tierra Estella. Abarca desde la frontera alavesa hasta las sierras de Urbasa y Andía al norte, y hasta el río Arga al este. Su extremo sur linda con la Ribera navarra. En términos generales se encuentra en la depresión del Ebro, una extensa cuenca formada entre el Eoceno superior y el Mioceno, delimitada por los Pirineos al norte, el Sistema Ibérico al suroeste y las cordilleras catalanas al sureste. Los accidentes geográficos más habituales de este entorno son las colinas y las sierras, articuladas mediante

una sucesión de llanuras, mesas y terrazas. Además, el propio paraje en el que se levanta Estella es, a su vez, una depresión que pone en contacto la orografía montañosa del norte con las llanuras de la Ribera. De la primera, extrae pastos y recursos madereros y, de la segunda, ricos cultivos; esta provechosa relación se establece históricamente gracias al vínculo fluvial del Ega. Dicho río tiene su origen en la llanura alavesa de Santa Cruz de Campezo, como consecuencia de la confluencia de dos arterias fluviales que provienen de las sierras de Cantabria y Encina. Desde su origen, discurre en dirección oeste-este hasta llegar a Estella, donde recibe el aporte de los ríos Urederra y Arana, así como de diversos arroyos. Este incremento de caudal se ve implementado por el régimen pluvial-oceánico que prevalece en la zona de Estella, con lo que no se observan grandes diferencias entre el curso alto y medio del río. Pasado ese punto, el Ega altera su curso para rodear el macizo de Montejurra y adoptar un rumbo norte-sur hasta confluir en el Ebro. En este último tramo su caudal disminuye sensiblemente, pues ya no recibe más afluentes, a excepción del Iranzu y algún pequeño curso de agua (Floristán, 1996, pp. 420-608).

Como es sabido, Navarra es una zona de contacto entre las influencias climáticas del atlántico-templado y el mediterráneo-continental. La primera es sinónimo de inviernos suaves y veranos moderados, junto con abundantes lluvias a lo largo de todo el año, mientras que la segunda se caracteriza por inviernos suaves y veranos tan calurosos como secos. En el sector navarro del valle del Ebro, se aprecia el contacto entre ambos tipos de clima. Ello se traduce en sequedad estival como herencia del influjo mediterráneo y un contraste acusado de temperatura entre invierno y verano, además de una pluviosidad modesta e irregular (Floristán, 1996, pp. 20-21). Por consiguiente, las condiciones naturales para el asentamiento humano eran más que óptimas. El geógrafo Vicente Bielza de Ory (1972, p. 11) refrenda estas cualidades: «la red socio-mercantil que nace en Estella se ciñó en buena medida al medio físico; y si fraguó Tierra Estella como comarca geográfica que perdura en nuestros días».

1.2. Marco histórico

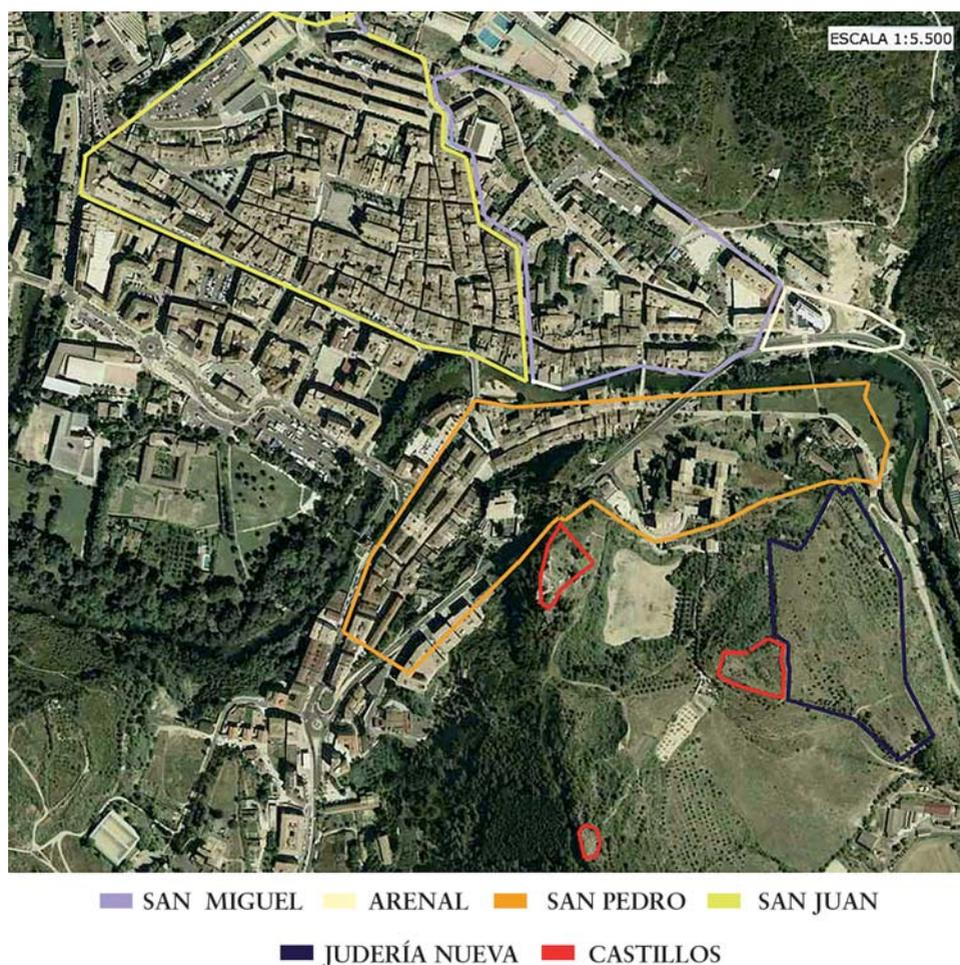
El inicio de la Edad Media se caracteriza por una relativa ausencia de aportes humanos o culturales. Visigodos y árabo-beréberes se suceden por esta franja del valle del Ebro, haciendo de Tierra Estella una zona de tránsito para las nuevas élites militares. El solar estellés seguía un patrón de poblamiento disperso, repartido entre diferentes núcleos: Ordoiz, Urtadia, Zapuruz y Lizarra (Pavón, 2001, p. 248). El linaje muladí de los Banu Qasi estableció supuestamente una fortaleza en la cumbre de Monjardín en el siglo ix, hasta que la conquista pamplonesa de Sancho Garcés I alteró dicho paisaje en 914. Una segunda fortaleza fue erigida, cerca del Ega, bajo el mando de un tenente que actuaba en representación del rey cristiano (Lacarra, 1975, p. 91). ¿Hasta qué punto es fiable la información referida sobre Monjardín? Debemos tener en cuenta que «se han atribuido a los Banu Qasi numerosos castillos» al margen de las evidencias arqueológicas (Lorenzo, 2010, pp. 26-27). A ello conviene añadir que, en la referida cima, no se han encontrado materiales cerámicos anteriores al siglo X.

La extinción de la dinastía Jimena propició la desaparición del reino de Pamplona en el último cuarto del siglo XI. Aragón acaparó gran parte del territorio, haciendo de Estella

un genuino burgo medieval. Tradicionalmente, se ha considerado que la afluencia de población foránea comenzó tras la concesión del fuero por parte del rey aragonés Sancho Ramírez en 1076. Ángel Martín Duque (1990, p. 323) introdujo un matiz importante al afirmar que en aquellas fechas «probablemente ya existía un burgo, germinal si quiera, a los pies de la fortaleza de Lizarrara». Así pues, los fueros reconocieron un modelo socioeconómico ya existente y, al mismo tiempo, contribuyeron a su expansión en las dos centurias siguientes. Otro hecho relevante debe asociarse a este cambio de paradigma: la inclusión de Estella en la Ruta Jacobea. No se trata de un asunto menor, su sola proximidad era fuente de desarrollo social, económico y cultural. Fue consolidada en el siglo XI y contaba con dos accesos a la península: Ostabat-Roncesvalles y Olorón-Jaca. Estella tuvo que competir para ser la receptora de tan estimulante tráfico. Sancho Ramírez se decantó por el nuevo burgo y modificó el tramo que hasta 1090 pasaba por el pequeño monasterio de Zapuruz. La comunidad perjudicada debió ser compensada por el monarca (Martín, 1994, pp. 129-156). Los nuevos pobladores transformaron un paisaje rural y disperso, en otro urbano y concentrado.

El primero de los barrios francos formados en Estella fue el de San Pedro, del que tenemos constancia desde 1077. Se sitúa en la margen derecha del río Ega, siguiendo longitudinalmente la vía de los peregrinos, que se convirtió en la rúa de Tiendas. Alberga distintas iglesias, como San Nicolás, Santo Sepulcro o Santa María de Todos los Santos, y un raro ejemplo de románico civil: el palacio de los reyes de Navarra (Martinena, 2008, p. 121). La muralla que lo delimitaba se levantó entre los siglos XII y XIII y, partiendo del cerro de los Castillos y siguiendo el curso fluvial, englobaba el Santo Sepulcro y San Pedro de la Rúa. Los portales que lo comunicaban con el exterior eran los del Santo Sepulcro, Castilla y San Martín. Ubicado en la orilla izquierda, encontramos el burgo de San Miguel, un área de gran actividad mercantil donde convivían francos y naturales del entorno estellés. Las posibilidades económicas que ofrecía este barrio ejercían atracción sobre poblaciones más o menos cercanas. Una iglesia dedicada a San Miguel centralizaba este nuevo barrio, que pronto logró desbancar a los demás. El muro medieval, que lo delimitaba, seguía la margen izquierda del Ega y ascendía por el monte Redondo en dirección al Puy. Una segunda estructura lo separaba del vecino barrio de San Juan, que discurría por la plaza Santiago, el paseo de la Inmaculada y el puente del Azucarero. Los portales que lo comunicaban con el exterior eran San Agustín y Chapitel (Itúrbide, 2010, pp. 36-39). Al oeste de San Miguel surgió el burgo de San Juan; ambos quedaban comunicados a través del portal de San Agustín. Se trataba de un barrio formado mayoritariamente por campesinos de la periferia. Su creación fue el resultado de una donación de terrenos que el rey Sancho VI hizo a los monjes de Zarapuz, pertenecientes, a su vez, al monasterio de San Juan de la Peña, con lo que así renovó la compensación por el desvío de la Ruta Jacobea antes referida (Floristán, 1990, p. 316). Además, la parroquia de San Juan fue entregada al abad del monasterio de Irache, con la carga impositiva que ello suponía para sus habitantes. Esta dependencia, no prevista en el fuero originario y autorizada por Sancho VI, fue causa de no pocas tensiones. Las puertas que se abrían en la muralla, que lo separaba del burgo de San Miguel, eran San Pol, Los Planos y La Gallarda. Al final de la rúa de las Tiendas, se encontraba un pequeño núcleo de población, que en 1122 se conocía como burgo de San Nicolás. Poseía iglesia y hospital, estaba poco poblado y contó siempre con recursos limitados. Situada extramuros, junto al burgo de

San Miguel y contando con el apoyo explícito del rey Enrique I, se fundó la población de El Arenal, articulada alrededor de la parroquia de San Salvador. Este barrio tenía cierta capacidad para organizarse con jurados propios, aunque el monarca los sometió a la parroquia vecina de San Miguel. En 1187, se le aplicó el mismo fuero que disfrutaban los francos de San Pedro. Carecía de perímetro amurallado y su población no llegó a estabilizarse. Acabó desapareciendo en 1370 (Itúrbide, 2010, pp. 39-40). La presencia de judíos en Estella data por lo menos de 1076. Bajo el nombre de Elgacena, llegó a ser una de las juderías más prósperas y populosas del reino. Se situaba en la margen derecha del Ega, lindante con el burgo de San Pedro y la iglesia de Santo Domingo. A comienzos del siglo XII, perdió algunos terrenos a manos de sus vecinos francos, sinagoga incluida, cuya ubicación se desplazó al espacio comprendido entre las fortalezas de Zalatabor y Belmecher. La comunicación con el exterior se hacía a través de una entrada ubicada cerca del antiguo convento de Santo Domingo (Ramos, Labé & Sánchez, 2011, pp. 127-128). Durante los siglos XII y XIII, Estella vivió una época de verdadero esplendor.



Mapa 1. Mapa tomado de la web del Sistema de Información Territorial de Navarra (SITNA), cuya dirección es sitna.navarra.es.

Las tensiones de los siglos XIV y XV trajeron una considerable inestabilidad. A ello hay que unir la peste que irrumpió a partir de 1348, así como un ciclo de malas cosechas (Berthe, 1991, pp. 31-35). Los burgos de la ciudad sufrieron estragos de diversa naturaleza. La judería tuvo que enfrentarse a graves problemas, como consecuencia de la matanza perpetrada entre los días 5 y 6 de marzo de 1328. San Nicolás inició la irreversible senda del declive, que lo llevó a la desaparición en el siglo XVI. Pero el caso más sintomático fue el del barrio del Arenal, cuyo solar se abandonó definitivamente en 1370 (Goñi, 1990, p. 913). Estella y su castillo se erigieron como parte de una línea de defensa vital frente a las acometidas castellanas; y, por este motivo, la curtida fortaleza fue objeto de numerosas mejoras en 1378 (Lacarra, 1975, p. 472). En el siglo XV se agudizaron algunos de estos problemas. La guerra con Castilla llegó a la ciudad en forma de asedio los años 1429, 1444 y 1463, durante los cuales Zalatambor fue un baluarte de la ciudad. Sobrevivió a las demoliciones del primer cuarto del siglo XVI, hasta que Felipe II ordenó su desmantelamiento en 1572 (Martinena, 2008, p. 118). También la guerra civil se dejó sentir en Estella, que fue sede de las cortes agramontesas en 1483. Al año siguiente, y como reacción al matrimonio de la reina Catalina, las tropas del conde de Lerín ocuparon el castillo de Belmecher, pero no la ciudad, que siguió en manos agramontesas y reforzada, además, por efectivos castellanos. Estos acontecimientos hicieron que el castillo cambiara de manos en varias ocasiones (Lacarra, 1975, pp. 523-524). La judería notaría los nocivos efectos de este declive. Desde finales del siglo XIV, las cargas impositivas habían hecho que muchos judíos abandonaran Estella (Carrasco, 1993, pp. 143-158). A pesar de las medidas de estímulo que se tomaron, la presión de Fernando el Católico hizo que la expulsión general se aplicara en 1498 (Lacarra, 1975, p. 570).

1.3. Metodología y estado de la cuestión

La falta de análisis generales sobre la cerámica medieval de Estella hacía necesario este trabajo. El objetivo que se persigue es definir y sintetizar las producciones cerámicas de los yacimientos estelenses. Su radiografía se basa en un análisis formal, tecnológico y cronológico, que además atiende a otros factores como el área de dispersión. Para llevar a cabo esta tarea se consultaron los materiales depositados en el almacén de la Sección de Bienes Muebles y Arqueología del Gobierno de Navarra, donde están organizados en cubetas, agrupados por yacimientos y unidades estratigráficas. El repertorio presentaba una serie de condicionantes que es necesario detallar. En primer lugar, no es fruto de excavaciones previamente programadas, sino de intervenciones de urgencia. Esto significa que, a pesar de la riqueza potencial de muchas de las localizaciones investigadas, estas se reducen a catas o sondeos al servicio de trabajos urbanísticos. Al carecer, por tanto, de la libertad necesaria para guiar los trabajos, nos encontramos con una restricción que condicionó el resultado del estudio. En segundo lugar, debe señalarse el alto nivel de fragmentación que presentaban la mayoría de las piezas, lo que limitó la selección de cerámicas válidas para este estudio. Aun así, la cantidad final resultó ser más que suficiente. Lejos de invalidar la subsiguiente investigación, conviene reivindicar este tipo de arqueología, tal y como lo hizo Quirós Castillo (2012, p. 133): «the role of the preventive archaeology has been fundamental to the rising number of studies on early medieval domestic architecture».

Toda la información quedó registrada en bases de datos que contenían los siguientes campos: sigla, cubeta, clase, forma, tipología, pasta, cocción, torno, grosor, diámetro máximo, intrusiones, superficie, descripción, engobe, vidriado, decoración, producción-distribución, cronología, foto y dibujo. Un segundo tipo de base de datos fue elaborado con criterio matemático, cuya información permite cuantificar el número de útiles completos siguiendo el criterio de «Equivalente de Vasija Estimado» (Orton, Tyers & Vince, 1997, pp. 195-206). Los datos se ampliaron: pasta rojiza, pasta clara, pasta gris, pasta parda, bordes, fondos, asas, torno lento, torno rápido, n.º de recipiente mínimo, n.º de recipiente máximo, recipiente decorado, recipiente vidriado, recipiente esmaltado, índice de fracturabilidad, almacenaje, cocina y servicio. De la combinación de todas estas variables surgen los diferentes gráficos que pueden verse en este artículo.

El material cerámico provino de diversas localizaciones. Los yacimientos más alejados comienzan en la cima de Monjardín. A las estructuras de San Esteban de Deyo y Castillo Viejo, puede asociarse un depósito en el llano situado en la pequeña localidad de Urbiola. Ya en el casco histórico de Estella, se analizaron los materiales del castillo de Zalatorre, desde sus fases más tempranas en los siglos X y XI hasta su abandono en el siglo XVI. No todos los asentamientos son de ámbito defensivo, pues la mayoría se dispersa entre los diferentes burgos de la ciudad. Por ejemplo, La Rúa, arteria principal de la Estella temprana, además de núcleo del barrio de San Pedro desde principios del siglo XI. Otras localizaciones en este mismo burgo son la calle San Nicolás o la propia iglesia de San Pedro de la Rúa. El barrio de San Miguel, fundado en el último cuarto del siglo XI, acoge yacimientos como Calleja del Rey o calle Astería. El burgo de San Juan, del siglo XII, aporta restos cerámicos provenientes de la calle Navarrería, calle Mayor, calle de El Puy y calle Calderería. No podía faltar la Judería Nueva y su entorno amurallado. Destacan la antigua sinagoga de Santa María Jus, la puerta-torre del barrio, cuyo solar ocupó una primitiva judería entre los siglos XI y XII, y el antiguo convento de Santo Domingo.

Las evidencias arqueológicas de Estella y su entorno se remontan al Paleolítico, cuando comenzó un tipo de ocupación dispersa e intermitente que perduró hasta finales del siglo XI. Se han recogido vestigios procedentes de la Edad del Hierro, de época romana e incluso islámica (Itúrbide, 2010, pp. 14-16), por lo que es fácil aventurar su riqueza agraria. El conocimiento del pasado estellés ha experimentado un notable auge en las últimas décadas, como atestiguan las actas publicadas de la Semana de Estudios Medievales de Estella (Martín, 1994, pp. 129-156) o el Catálogo Monumental de Navarra (García, Heredia, Rivas & Orbe, 1982). Las primeras noticias sobre restos medievales nos llegan gracias a un hallazgo fortuito, ocurrido en 1949. En el término de Ordoiz, dentro de los límites de Estella, se encontró un tesoro de *dirhemes* del siglo IX al derribar una pared que separaba dos fincas (Uranga, 1950, pp. 85-101). Desde entonces, las excavaciones se han multiplicado a ambos lados del río Ega, practicándose en calles, iglesias y castillos. La mayor parte de los trabajos han sido llevados a cabo por Mikel Ramos Aguirre y Navark S.L., tanto en el casco urbano como en sus proximidades. A excepción del castillo de Monjardín (Ramos, 2008, pp. 4-6), se trataban de trabajos que no se habían publicado. La razón es bien sencilla: las intervenciones de urgencia

apenas dejan tiempo para el análisis y la investigación. Anteriormente, otros trabajos profundizaron en el pasado medieval de Estella. Destaca la recuperación de una estela funeraria en 1992, perteneciente al desaparecido cementerio de la iglesia de San Juan Bautista. Las obras que permitieron su hallazgo tuvieron lugar en la plaza de los Fueros, y la datación de la pieza se ubica entre los siglos XIII y XV (Ramos, Sánchez & Sanz, 1995, pp. 45-49). En 1993 se realizó una pequeña excavación en la iglesia del Santo Sepulcro. Los trabajos se centraron tanto en la propia estructura del edificio como en su interior, donde se descubrieron cinco niveles distintos de enterramientos medievales. Sin embargo, no se recogieron materiales cerámicos (Sanz, 1993-1994, pp. 316-318). Ese mismo año, se llevó a cabo un estudio general de las estructuras defensivas de la ciudad, que evaluaba las murallas aún existentes en los viejos burgos de San Pedro y San Miguel, sin olvidar la Puerta de Santa María o el castillo de Zalatorre (Legarda, 2010, pp. 163-194). El último estudio arqueológico publicado, resume con brillantez una década de intervenciones en el cerro de los Castillos (Ramos, 2015, pp. 185-218). Muy cerca de allí, en 2008, la Judería Nueva fue objeto de una investigación en la que se practicaron tres sondeos. Aquellos trabajos sacaron a la luz diversas cimentaciones del muro que delimitaba el perímetro de la antigua judería, además de un pequeño catálogo cerámico fechado entre los siglos XIII y XV (Legarda, 2009, pp. 335-337). Existen algunos estudios posteriores sobre la judería estellesa, pero son de naturaleza historiográfica (Ramos et al., 2011, pp. 121-133). Así, llegamos a una de las intervenciones más importantes de la ciudad: San Pedro de la Rúa (García et al., 2011, pp. 175-274). Las estructuras funerarias encontradas ocupan un amplio marco cronológico, desde finales del siglo XI a principios del siglo XIX. El descubrimiento de varias zanjas de cimentación permitió identificar restos de estructuras y prácticas funerarias primitivas, que se remontaban al Bronce reciente. También pudo identificarse la ubicación de una desaparecida capilla gótica, además de la antigua torre bajomedieval. Ambas se situaban bajo el lugar que ocupa la actual sacristía. En lo que a cerámica se refiere, fueron recogidos diversos artefactos de época medieval. Se trata de jarras o cántaros de pastas anaranjadas o marrones, alisadas, y en ocasiones decoradas por líneas en óxido de manganeso, fechadas en el siglo XV. También se encontraron restos de platos y escudillas de reflejo dorado, a caballo entre los siglos XV y XVI, procedentes de los talleres mudéjares de Manises (García, Martín & Fernández, 2012, pp. 12-51).

En el conjunto de Tierra Estella encontramos otras evidencias de su pasado medieval: el yacimiento de La Tejería que se ubica en el Señorío de Leaza, perteneciente al municipio de Etayo. Allí se encontraron bordes de cántaros en pastas rojizas y clareadas, provistos de una decoración pintada y que pueden fecharse en el siglo XV (Jusué & Tabar, 1989, p. 25). También conviene destacar el estudio histórico y arqueológico de Puente la Reina (Armendáriz & Jimeno, 2005, pp. 113-174). Si bien su atención se basó en la estructura urbanística y defensiva de los siglos XII al XVIII, ayuda a entender la importancia del entorno estellés. Finalmente, en el extremo occidental de la merindad, se encuentra El Viso de Lodosa. Entre los años 1995 y 2000 se hallaron niveles del Hierro II, romanos, medievales, modernos y contemporáneos. Llegaron a recogerse hasta 360 fragmentos de origen visigodo, fechados entre los siglos VI y VIII. Ollas en su mayoría de forma globular, elaboradas en pasta gris y ornamentadas con motivos incisos trazados con un peine (Armendáriz & Mateo, 2002-2003, pp. 107-140).

2. PROCESOS TECNOLÓGICOS

Comenzaremos por la materia prima. En la depresión estellesa podemos encontrar desde sierras a tierras pantanosas. En general, se trata de un espacio de transición donde abundan los suelos sin apenas cal o yeso. En las terrazas inferiores de los ríos se encuentran sedimentos limosos, que dan al suelo profundidad, una textura mullida y gran capacidad para retener la humedad, mientras que las terrazas altas se caracterizan por suelos abiertos y aireados (Bielza, 1972, pp. 107-225). Si buscamos localizaciones concretas de arcilla propicia para el trabajo manual, debemos dirigirnos a las laderas de los diapiros de Estella y Lorca o al glacis de Montejurra. Puede decirse que las tierras situadas en la terraza del río Ega son aptas para la alfarería, por su textura y capacidad de drenaje (Floristán, 1996, pp. 486-489). Una vez seleccionada la tierra, se extiende y golpea para deshacer los terrones y dejarla lo más fina posible, posibilitando, además, la criba de impurezas. Tras este proceso, se añade agua en la proporción justa para obtener la arcilla con la que empezar a trabajar (Solaun, 2005, p. 41).

El modelado puede realizarse a mano, mediante una pequeña superficie que gire sobre sí misma o con instrumentos más complejos. El «torno rápido» pertenece a esta última clase, y la mayoría de los artefactos recogidos en Estella se realizaron mediante esta técnica. Se componía en dos discos de madera unidos entre sí por un eje vertical. El inferior, de mayor tamaño, recibía el impulso del pie haciendo girar al superior, donde las manos del artesano modelaban el barro a la velocidad deseada (Orton et al., 1997, p. 142). Así mismo, el proceso de cocción es fundamental. Según el método aplicado, las pastas adquieren una coloración determinada, aunque también influye el grosor de la pieza y su colocación dentro del horno. Si se trata de un proceso oxidante –abundancia de oxígeno en la cocción y temperatura moderada–, los colores suelen ser rojizos y claros. Pero si hablamos del tipo reductor –falta de oxígeno en la cocción y temperatura más elevada–, obtenemos colores grises y negros. Un tercer tipo es el llamado mixto, que genera diferencias cromáticas entre el interior y el exterior de la pieza. Comúnmente, se denomina tipo «sándwich», porque alterna las tonalidades rojizas y grises propias de las otras dos modalidades antes descritas (Gutiérrez, Ollich & Rocafiguera, 2008, p. 305). El mayor inconveniente al que nos enfrentamos en Estella es la falta de hornos. En ninguno de los yacimientos investigados se ha descubierto estructura alguna de naturaleza alfarera, lo cual no quiere decir necesariamente que no hubiesen existido en su momento. En fecha reciente se encontraron restos de una estructura similar en Caparroso, de los siglos XI a XIII, situado a 48 kilómetros al sur de Estella (Zuza, Zuazúa & García-Barberena, 2017, pp. 243-249). En términos generales, ¿dónde podrían situarse en un contexto urbano? Zaragoza, con su larga tradición ceramista, aporta algunas pistas. Arqueológicamente fue posible documentar la existencia de hornos especializados desde época islámica, en los siglos X y XI. La mayor parte de ellos se concentraban entre las calles de las Armas y San Pablo, en las afueras de la ciudad (Álvaro, 2002, pp. 46-49).

Dentro del tratamiento de superficies destacan los barnizados vítreos. Estos llegaron a Navarra a partir del último cuarto del siglo XIII; la loza convencional entre los siglos XIV-XV y la loza dorada entre finales del siglo XV y principios del XVI. Para impregnar

una pieza cerámica, era necesario sumergirla en una solución estannífera, ya fuera de tonos verdosos, anaranjados o blancos. La mezcla requerida se componía de ciertos elementos esenciales: plomo, estaño, arena y sal. Esta cubierta se añadía sobre la superficie tras una primera cocción, pues una segunda aseguraba su fijación. Además, podían contener decoración pintada, gracias a los óxidos anteriormente mencionados, que daba lugar a la clásica denominación de verde y manganeso o verde morado. La loza dorada se hizo popular a finales del siglo XV y principios del XVI, se conseguía con una mezcla de plata, cobre, bermellón, almagre u óxido de hierro y vinagre (Álvaro, 2002, pp. 106-108).

La relativa escasez de indicios materiales no es obstáculo para aproximarse con seguridad al panorama productivo. Siempre ha existido una tradición alfarera en Estella, dando origen a numerosos mercados desde el siglo XII hasta mediados del siglo XX. En el periodo concreto que nos ocupa puede apreciarse una evolución tecnológica, basada tanto en la innovación como en la especialización. Gracias a los diferentes grupos que a continuación se describen, es posible transitar de las superficies rugosas al esmaltado, de los elementos básicos de cocina a la ornamentación del servicio de mesa y de los productos de ámbito local a las importaciones a media y larga distancia. Son un primer avance que nos permite identificar las características generales de la cerámica medieval estellesa, y que anticipa los análisis contenidos en la presente investigación.

Grupo I A. Cerámica grosera rojiza y tipo «sándwich»: superficie rugosa, modelado manual o a torno lento, desgrasantes medianos y cocción desigual. Corresponden fundamentalmente al ámbito local, entre los siglos IX y X, siendo en su mayoría útiles de cocina.

Grupo I B. Cerámica rojiza-clara bien decantada: cocción oxidante, torno rápido y desgrasantes finos. Superficie incisa y vidriada, tipología relacionada con producciones de lujo. Siglos IX y/o X. Importación a larga distancia.

Grupo II. Cerámica grosera gris: superficie rugosa, modelado manual o torno lento, desgrasantes medianos y cocción reductora. Abundantes en los siglos IX y X. Son de factura local y se aplica igualmente a las tipologías de cocina.

Grupo III A. Cerámica decantada gris: superficie alisada, modelado a torno rápida desgrasantes medianos y cocción reductora. Característica de los siglos X y XI, relacionada con producciones locales, e incluso regionales/media distancia. Afecta a las tipologías de cocina, mesa e incluso almacenaje.

Grupo III B. Cerámica decantada rojiza: se trata fundamentalmente de una versión oxidante de la categoría anterior. En torno a los siglos X y XI; pueden pertenecer al ámbito tanto local como regional/media distancia. Relacionado con tipologías de cocina.

Grupo IV. Cerámica con abundantes desgrasantes: piezas alisadas, predominantemente oxidante, aunque también se observan ejemplos reductores, sobre todo en la postcocción. Tamaños medios y grandes tanto en útiles de almacenaje. Además, se

aprecia un torneado rápido. Se datan entre los siglos XIII y XV; pertenecen al ámbito regional/media distancia.

Grupo V. Cerámica con pocos desgrasantes: piezas alisadas, cocción tanto oxidante como reductora, concentradas en tamaños pequeños y medios. El servicio de mesa es el más característico. Fechadas entre los siglos XIII y XV, proceden del intercambio a media distancia.

Grupo VI. Cerámica con marcas decorativas en superficie: ejemplares de pasta rojizas y claras, de cocción oxidante, torneado rápido y alisadas. Posteriormente, se les aplican técnicas como el estampillado, la incisión o la adición. En algunos casos pueden llevar una aplicación de vedrío. Son más propias del servicio de mesa. Se detecta principalmente entre los siglos XIII y XV, ligada a la importación a media distancia.

Grupo VII. Cerámicas pintadas: piezas de pasta rojiza, oxidante, torneado rápido, asociadas al servicio de mesa. Se encuentra tanto en tamaños medios y grandes. La decoración se obtiene a base de óxidos metálicos, combinando líneas horizontales y ondulantes en composiciones esquemáticas. Característica del siglo XV, aplicada exclusivamente en el servicio de mesa y como resultado de importaciones a media o larga distancia.

Grupo VIII. Cerámicas vidriadas de pasta rojiza: piezas de cocción oxidante y torneado rápido asociadas al servicio de mesa. Se encuentra tanto en tallas medias como grandes y pueden portar decoración adicional. Más frecuentes entre los siglos XII y XIII, relacionadas con el circuito regional/media distancia.

Grupo IX A. Cerámicas vidriadas de pasta clara: piezas de cocción oxidante y torneado rápido. Asociadas al servicio de mesa. Tallas medianas y grandes, pueden llevar decoración añadida. Comunes entre los siglos XIV y XV, como resultado del intercambio regional/media distancia.

Grupo IX B. Cerámicas vidriadas de pasta parduzca: cocción reductora, torneado rápido, asociadas al servicio de mesa y también almacenaje. No suelen recibir decoración. Comunes entre los siglos XIV y XV, tanto en el ámbito local como en el regional/media distancia.

Grupo X. Cerámicas esmaltadas de pasta clara: se trata de artefactos realizados con arcillas bien decantadas, cocción oxidante y torneado rápido. Las superficies pueden ser lisas o pintadas, decoradas con esmaltes convencionales o con reflejo dorado. Pueden situarse entre los siglos XV y XVI, vinculadas al servicio de mesa. Son producto del intercambio a media y larga distancia.

3. ANÁLISIS TIPOLOGICO, DECORATIVO Y CRONOLÓGICO

Una de las cualidades más sobresalientes de la cerámica es, sin lugar a duda, la cantidad de información contenida en su factura. Las diversas marcas formales y

culturales que posee cada pieza, esbozan posibles relaciones con otras áreas de producción. Gracias a ello, pueden establecerse ciertos patrones distributivos. El dinamismo económico del burgo medieval era plenamente visible a partir del siglo XII. Plazas públicas y viviendas particulares fueron escenario de un creciente intercambio económico, que se centró en la rúa de las Tiendas, la plaza de San Martín y la calle de San Nicolás (Alberdi, 1993, pp. 99-114). Los primeros productos de los que tenemos cuidada noticia son comestibles, paños, cuero, metales... Aunque la cerámica no figure entre ellos, aportan claros «indicios de especialización económica» consustancial al mundo de la alfarería (Azkarate & Solaun, 2003, p. 41). Una descripción detenida de las piezas recuperadas en Estella responderá a cuantos interrogantes hayan podido surgir hasta ahora.

3.1. Tipologías

En términos generales, la cerámica de los siglos IX y X en el norte de la península se caracterizó por una producción eminentemente local. La excesiva fragmentación de los individuos cerámicos dificulta su identificación formal, pero el tipo de torneado y cocción desigual nos habla de artefactos poco especializados. En este ámbito, los útiles de cocina son los más numerosos. Contamos con ejemplos de bordes de olla reductoras en los yacimientos del castillo de Zalatorre (figs. 1a, 1d), el castillo de Monjardín (fig. 1c) y Castillo Viejo (fig. 1f), así como oxidantes en el castillo de Zalatorre (fig. 1b) o en Santo Domingo (fig. 1e). En este último emplazamiento apareció un fragmento de pared de un jarrón vidriado, posiblemente andalusí (fig. 6a). Existían formas vidriadas anteriores a la llegada de los árabes (Amorós, 2018), pero este caso concreto recuerda a las producciones granadinas de Madinat Ilbira de finales del siglo IX (Carvajal, 2007, pp. 304-305). Del mismo modo, existen formas similares en la Meseta, valles del Duero y Ebro, que constituyen el subtipo C.12.A (Retuerce, 1998, p. 191). A la identificación de dicho fragmento, se dedicará un apartado especial en las conclusiones. Entre los siglos X y XI pueden documentarse ejemplos de bordes de olla reductoras en el castillo de Monjardín (fig. 2a) y en el castillo de Zalatorre (fig. 2b), y oxidantes como el encontrado en la Judería Nueva (fig. 2c). Pero, sobre todo, destaca el yacimiento de Urbiola y sus bordes reductoras (figs. 2d, 2e y 2f). Formas similares se han recogido en Labastida, Vitoria o Monte Cantabria, en las proximidades de Logroño (Solaun, 2005, 212). También se detectan las primeras formas de mesa, tanto oxidantes, en Santo Domingo (fig. 6b) y en la Puerta de Santa María Jus (fig. 6c), como reductoras, también en la Puerta de Santa María Jus (fig. 6d).

El crecimiento de las ciudades produjo cambios importantes en la estructura de poblamiento. Las urbes se articulaban en calles, espacios abiertos no solo al tránsito, sino al comercio y la producción (Azkarate & Solaun, 2003, p. 41). A partir de este momento, las formas cerámicas se adaptaron a las nuevas necesidades. En la segunda época, fechada entre los siglos XII y XIII, se constata el desarrollo del mercado regional en detrimento de las facturas locales. Las nuevas técnicas, tanto de cocción como de tratamiento de superficies, se van popularizando, aplicándose en toda clase de tipologías. Sin hornos identificados, debemos buscar la fuente en el intercambio a media distancia, propio de una sociedad en ebullición y que ya no comparte frontera con el islam. A

las formas de cocina comienzan a sumarse las de almacenaje y también de servicio de mesa. La evolución tecnológica se deja notar. Entre las ollas no vidriadas destacan los ejemplares rojizos de Puerta de Santa María Jus (figs. 3a y 3b), Santo Domingo (figs. 3h, 3i), Judería Nueva (fig. 3b), y La Rúa 4 (fig. 3j). También aparecieron las clásicas grises, de borde desarrollado para tapadera, en Santa María Jus (fig. 3c) y en la Judería Nueva (fig. 3m), y las reductoras, pero con un simple exvasamiento, en La Rúa 4 IV (figs. 3d y 3f), la Judería Nueva (fig. 3g), la calle Navarrería (fig. 3n) y el castillo de Monjardín (fig. 3e). La cocción mixta con el consabido efecto «sándwich» la encontramos en el castillo de Zalatorre (fig. 3l). En cuanto al servicio de mesa, encontramos una variedad similar, con jarros/as reductoras en la Puerta Santa María Jus (fig. 7a) y oxidantes en Santa María Jus (fig. 7b) y Santo Domingo (fig. 7c). Por último, cabe mencionar los útiles de almacenaje, de texturas gruesas y oxidantes, con labios apenas engrosados al exterior en la calle San Nicolás (fig. 14a), en Santo Domingo (figs. 14b y 14d) y en el castillo de Zalatorre (figs. 14c y 14e). Útiles similares a las encontradas en Estella se observan en Urraul Bajo, Urdiáin, Viana (Jusué & Tabar, 1988a, pp. 283-330) y Pamplona (Unzu, 1994, pp. 211-228). Fuera de Navarra pueden relacionarse con repertorios procedente de Burgos (Bohigas, Andrio, Peñil & Manuel, 1989, p. 138) y Vitoria, fundamentalmente los vidriados (Solaun, 2005, pp. 267-273).

La siguiente etapa se caracteriza por el desarrollo definitivo de mercados a largo alcance, mientras se consolidan las producciones regionales durante los siglos XIV y XV. Las técnicas decorativas de este periodo marcaron los patrones de las dos centurias siguientes. Las ollas oxidantes de paredes estilizadas toman el relevo de las formas compactas y reductoras. Los bordes se especializan y es más frecuente encontrar en ellos arranques de asas; es el caso de Castillo Viejo (fig. 4a), Judería Nueva (figs. 4b, 4c y 4d) y Puerta de Santa María Jus (fig. 4e). En las variantes vidriadas se observan bordes con un mayor nivel de especialización, fuerte exvasamiento y bordes de sección triangular. Son los casos de Calleja del Rey (fig. 5a), castillo de Zalatorre (figs. 5b y 5f), castillo de Monjardín (fig. 5c) y calle Astería (fig. 5d). Un segundo grupo estaría formado por soluciones más tradicionales con bordes redondeados; encontramos ejemplos en el castillo de Zalatorre (figs. 5e y 5h), y con bordes planos en Santo Domingo (fig. 5g).

El servicio de mesa se caracteriza por formas trilobuladas en los bordes y pastas oxidantes bien decantadas, como en Santo Domingo (figs. 8a y 8b) y La Rúa 4 (figs. 8d y 8e). Ocasionalmente, pueden llevar decoración lineal pintada en óxido de manganeso, tal y como se registró en Calleja del Rey (fig. 8c). En las superficies vidriadas no abunda la decoración, ejemplares como los de Judería Nueva (fig. 9c) y castillo de Zalatorre (figs. 9d y 9e) son reflejo de ello. También aparecen pequeños bordes de botella en el castillo de Zalatorre (fig. 9a) y en Santo Domingo (fig. 9b). Además, en esta época hay una fuerte eclosión de platos y cuencos con bordes especializados, pastas oxidantes, y una gran variedad en lo que se refiere al tratamiento de superficie. Los cuencos pueden ser no vidriados, como en Santa María Jus (fig. 10a) y La Rúa (fig. 10c), o vidriados, como en el castillo de Zalatorre (figs. 11a, 11e y 11g), Santo Domingo (figs. 11b y 11h), calle San Nicolás (figs. 11c y 11f), La Rúa (fig. 11d), Judería Nueva (figs. 11i y 11l), calle Calderería (fig. 11j) y castillo Monjardín (fig. 11k).

También se recogieron escudillas esmaltadas en el castillo de Zalatabor (fig. 12a). Los platos hallados pueden ser no vidriados, como en La Rúa (fig. 10b) y Judería Nueva (fig. 10d), vidriados, como en Judería Nueva (figs. 11m, 11n y 11o) y Santo Domingo (fig. 11p), y, por último, esmaltados, como en Santa María Jus (figs. 12b y 12c) y calle San Nicolás (fig. 12d).

Las piezas de almacenaje son algo más numerosas en este periodo, compuestas fundamentalmente por jarras/os de gran talla y contenedores. Los primeros presentan pastas más decantadas, paredes menos gruesas y formas estilizadas y asas de gran recorrido, mientras que los segundos persisten en su espesor, su relativa tosquedad y sencillez formal, es decir, bordes apenas engrosados al exterior o simplemente exvasados. Todos ellos sobre pastas oxidantes. Los mejores ejemplos de jarras/os no vidriados los encontramos en Puerta de Santa María Jus (figs. 15a y 15b), Castillo Viejo (fig. 15c), Santa María Jus (fig. 15d), Santo Domingo (fig. 15e) y Judería Nueva (fig. 15f); y los de cantaros no vidriados en La Rúa (figs. 15g y 15i), castillo de Zalatabor (fig. 15h) y Judería Nueva (fig. 15j). En cuanto a los elementos vidriados, que presentan las mismas características morfológicas, destacan las jarras/os de gran tamaño en castillo de Zalatabor (figs. 16a, 16b, 16d y 16e) y Santo Domingo (figs. 16c y 16f).

Se aprecia una gran similitud entre las formas no vidriadas de Tiebas (Ramos, 2001, pp. 190-191), Rada, Tafalla y Señorío de Learza (Jusué & Tabar, 1988, pp. 277-299). Las formas vidriadas más comunes se corresponden con las identificadas en Pamplona (Unzu, 1993-1994, pp. 209-211). Fuera ya de la Comunidad Foral, es fácil detectar paralelismos entre las formas no vidriadas de Kurtzio en Vizcaya (García, 1989, pp. 92-93) u Otaza en Álava (Solaun & Escribano, 2006, pp. 276-281). No obstante, la mayor presencia de material foráneo provenía de Aragón (Gómez, 2013, p. 137), siendo Teruel y Muel los centros más destacados (Álvaro, 2002, pp. 153-192).

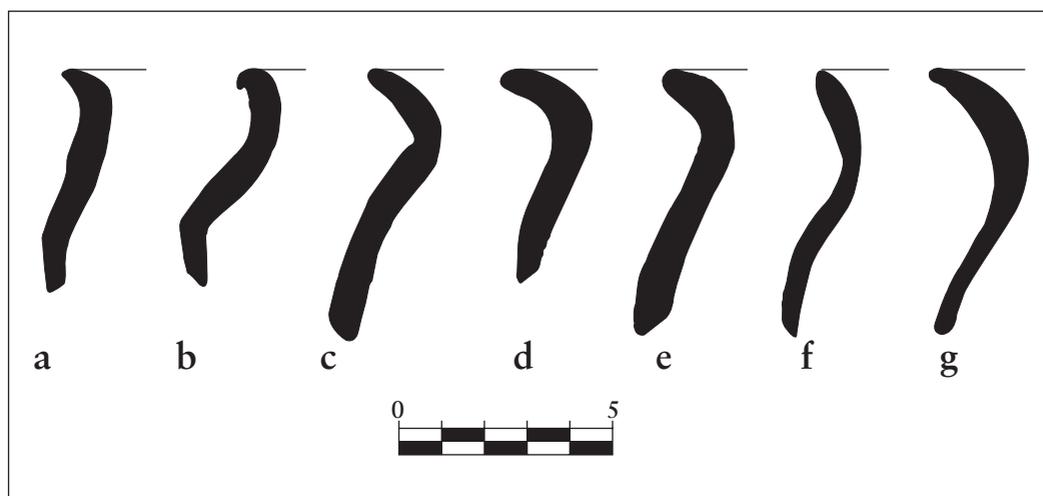


Figura 1. Ollas (s. X-XI).

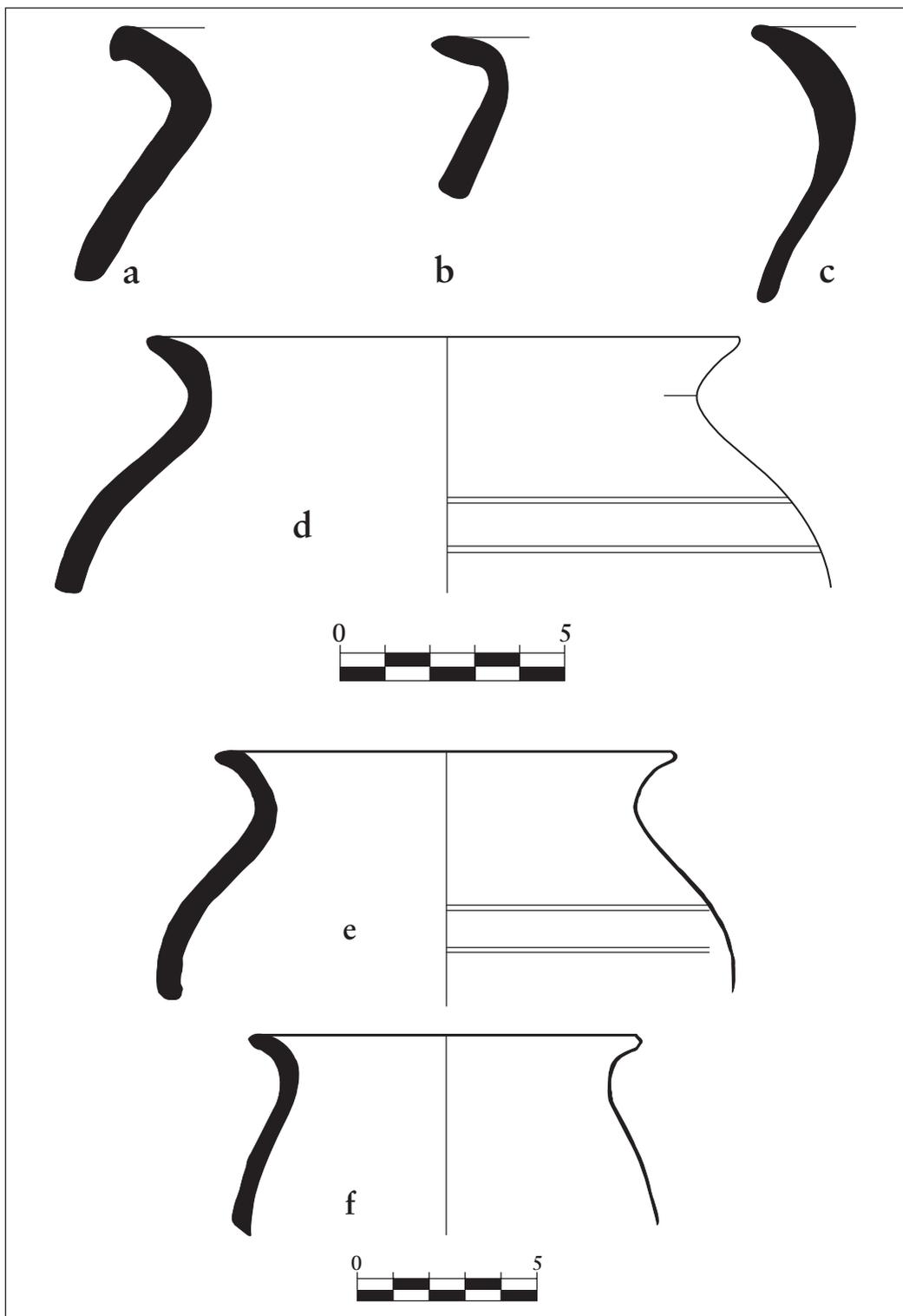


Figura 2. Ollas (s. X-XI).

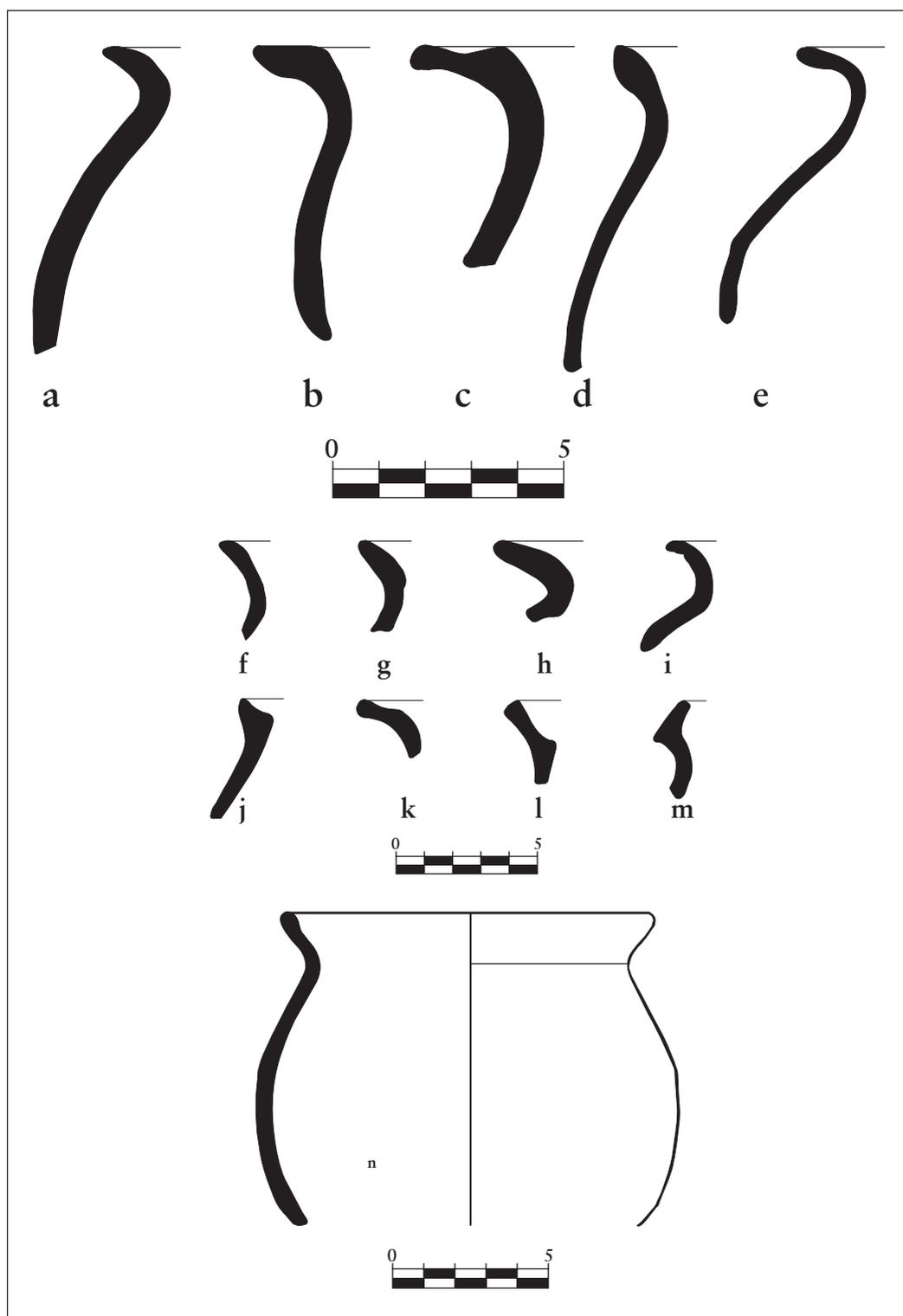


Figura 3. Ollas (s. XII-XIII).

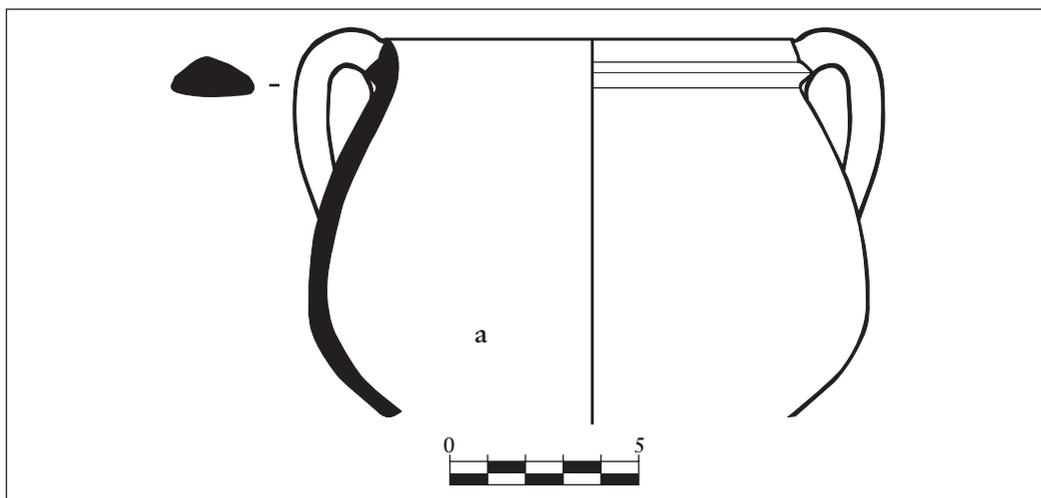


Figura 4. Ollas (s. XIV-XV).

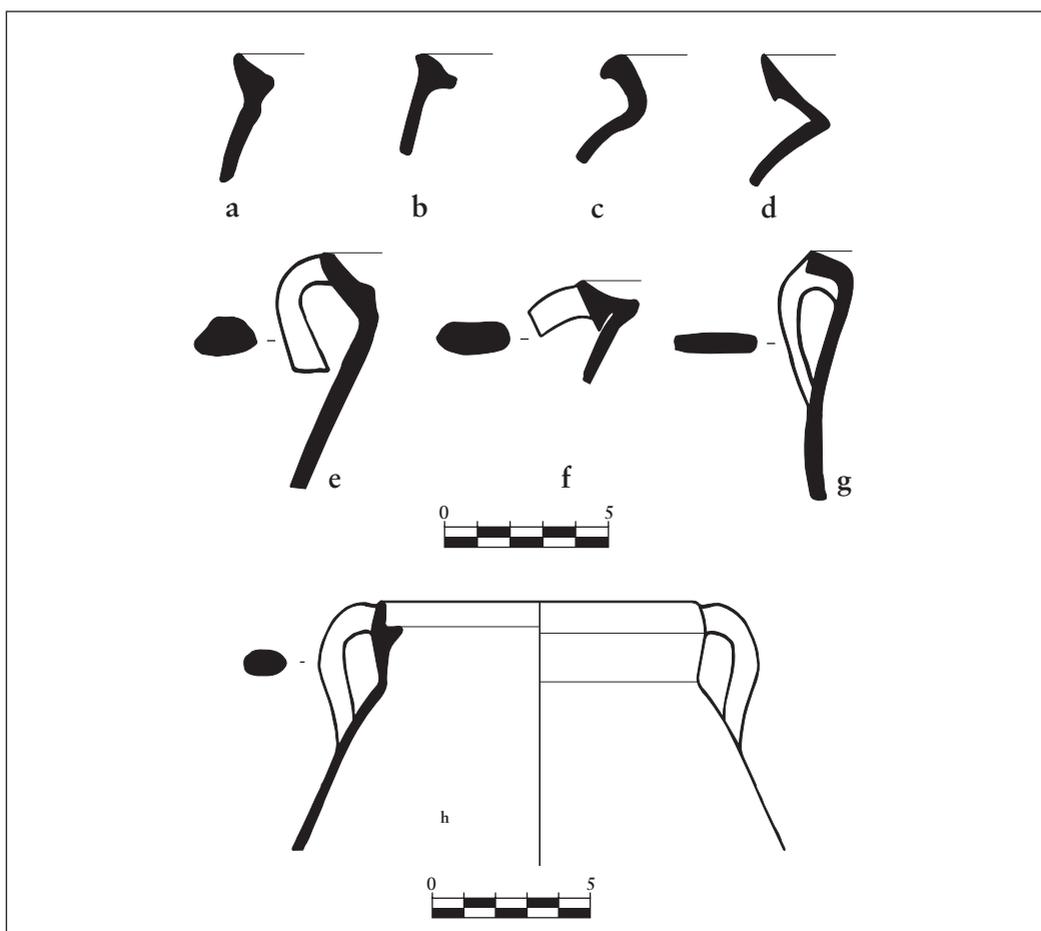


Figura 5. Ollas (s. XIV-XV).

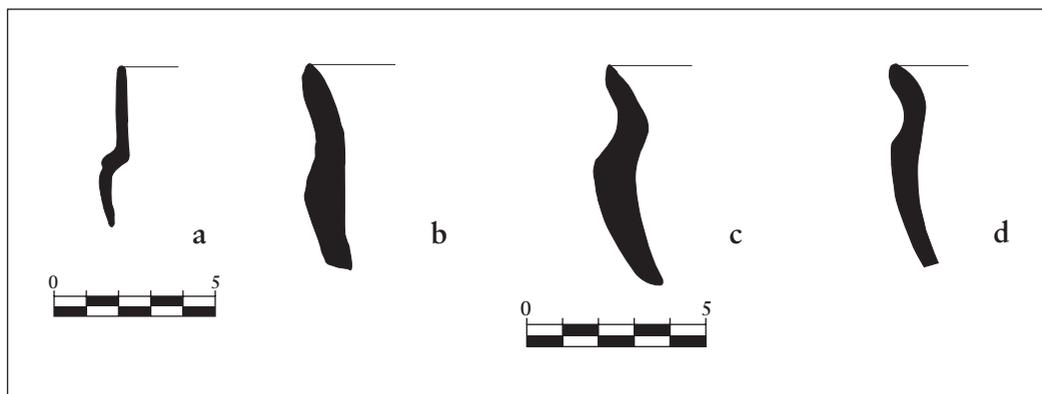


Figura 6. Formas de mesa (s. IX-XI).

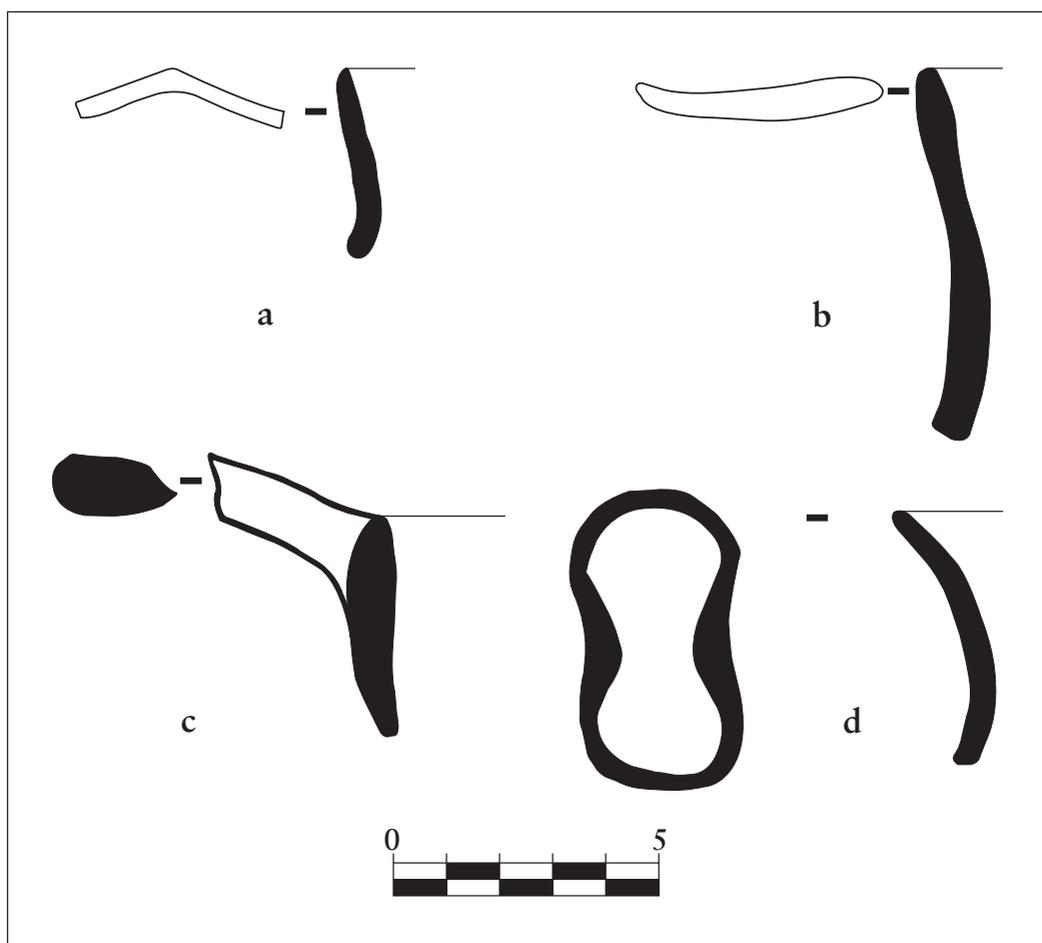


Figura 7. Formas de mesa (s. XII-XIII).

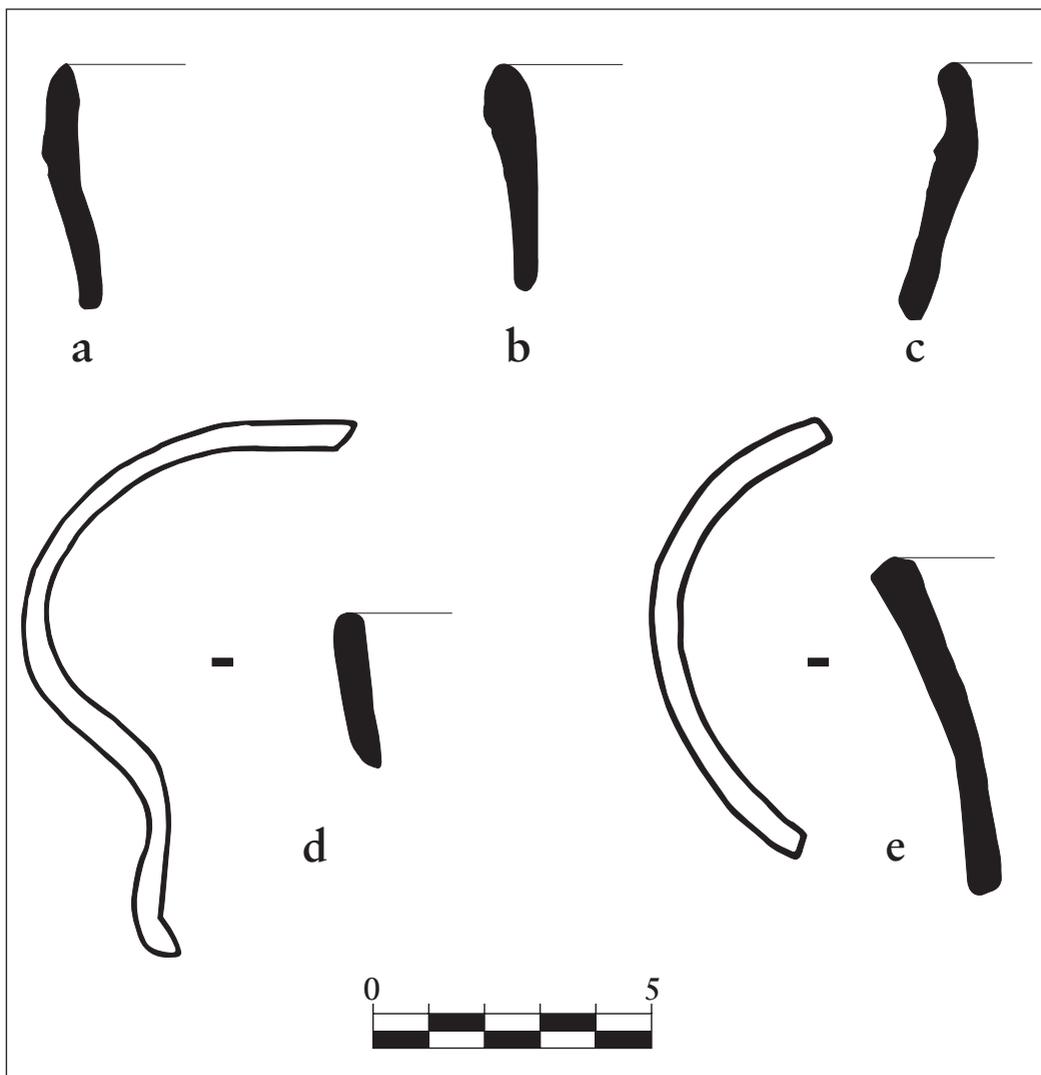


Figura 8. Formas de mesa (s. XIV-XV).

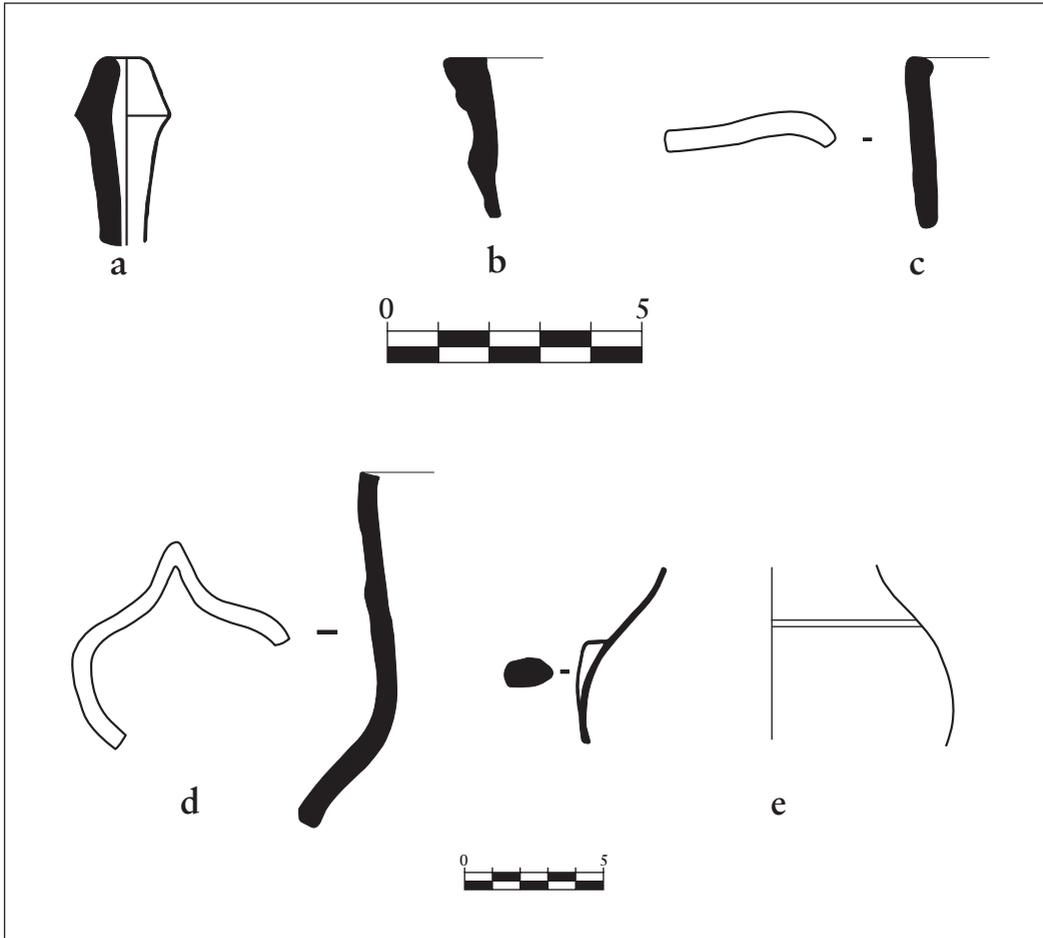


Figura 9. Formas de mesa (s. XIV-XV).

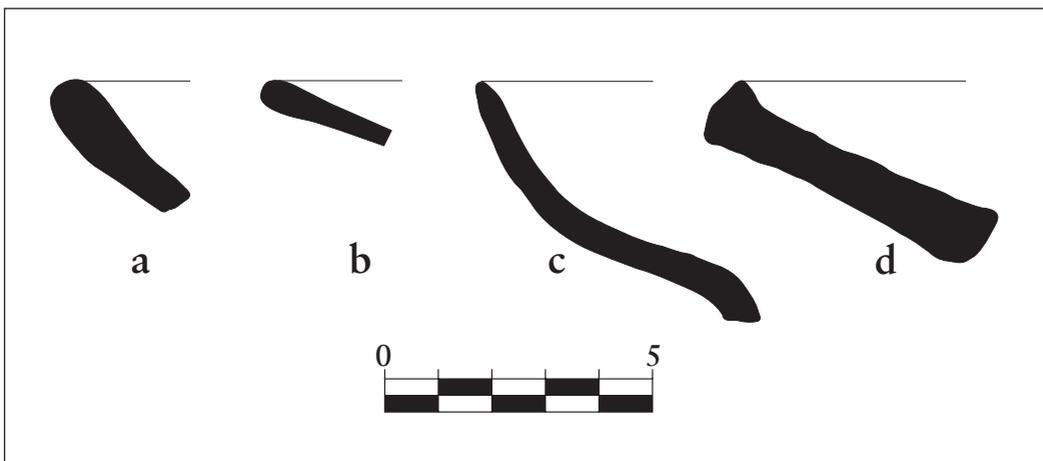


Figura 10. Formas de mesa (s. XIV-XV).

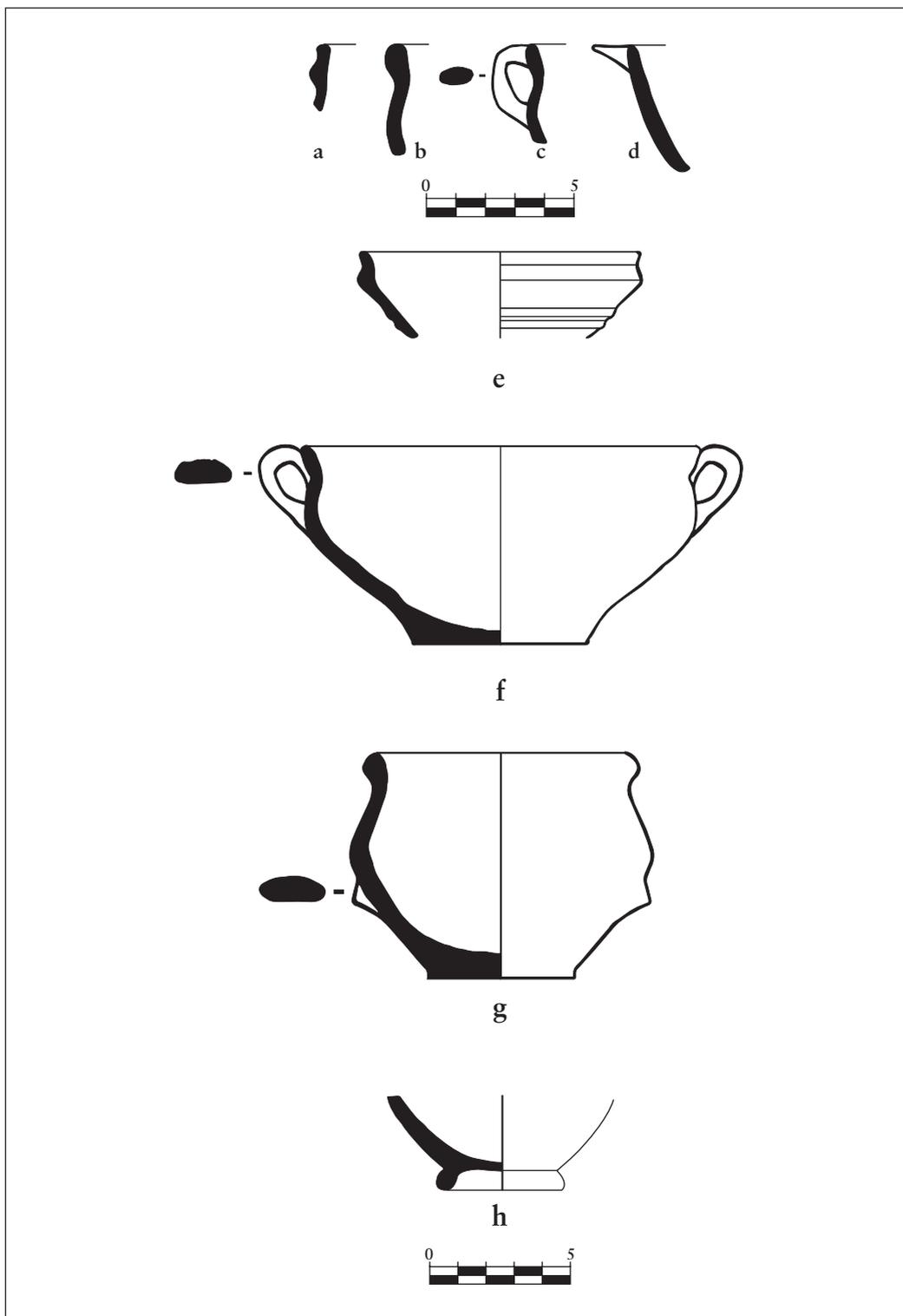


Figura 11. Formas de mesa (s. XIV-XV).

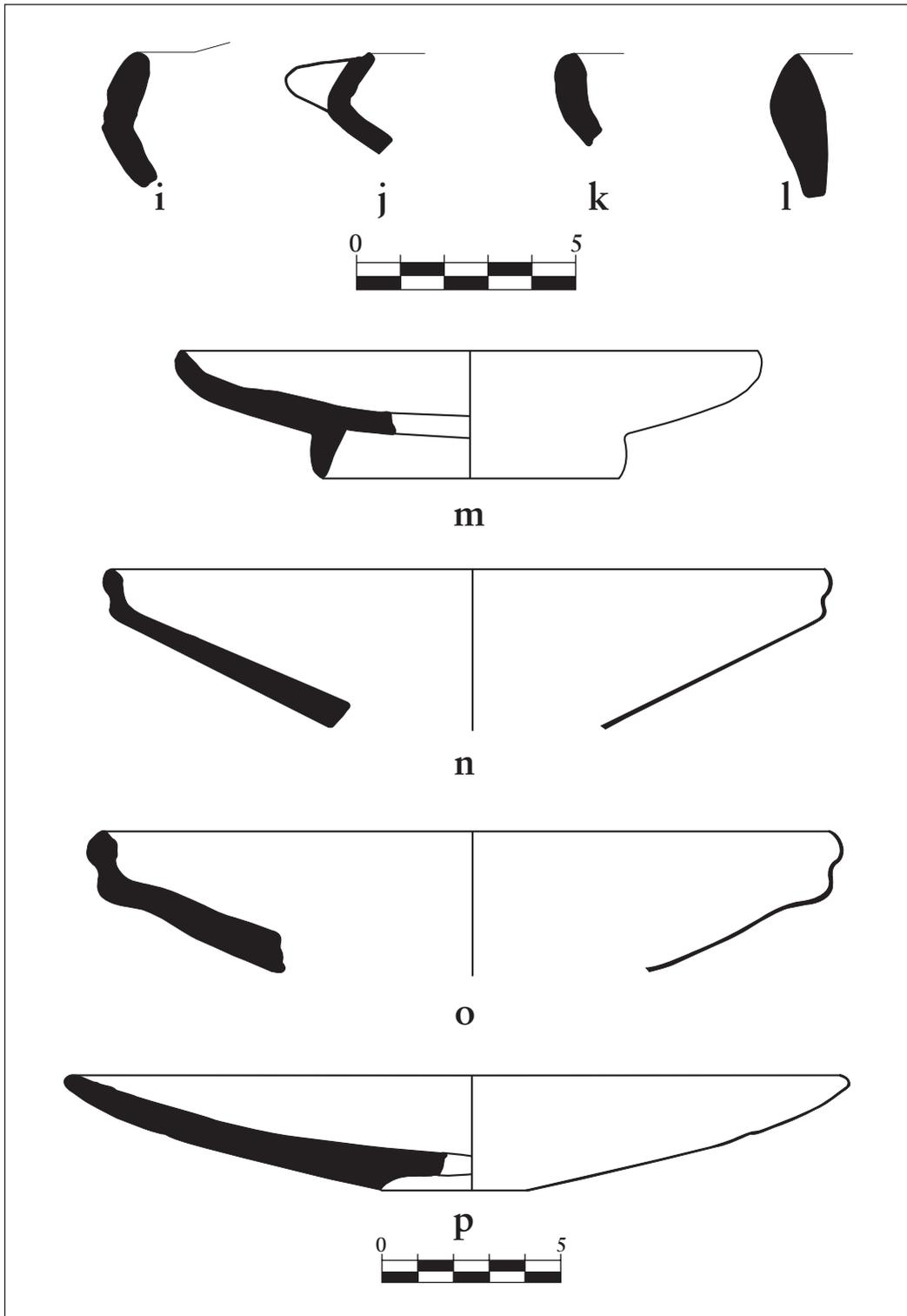


Figura 11. Formas de mesa (s. XIV-XV).

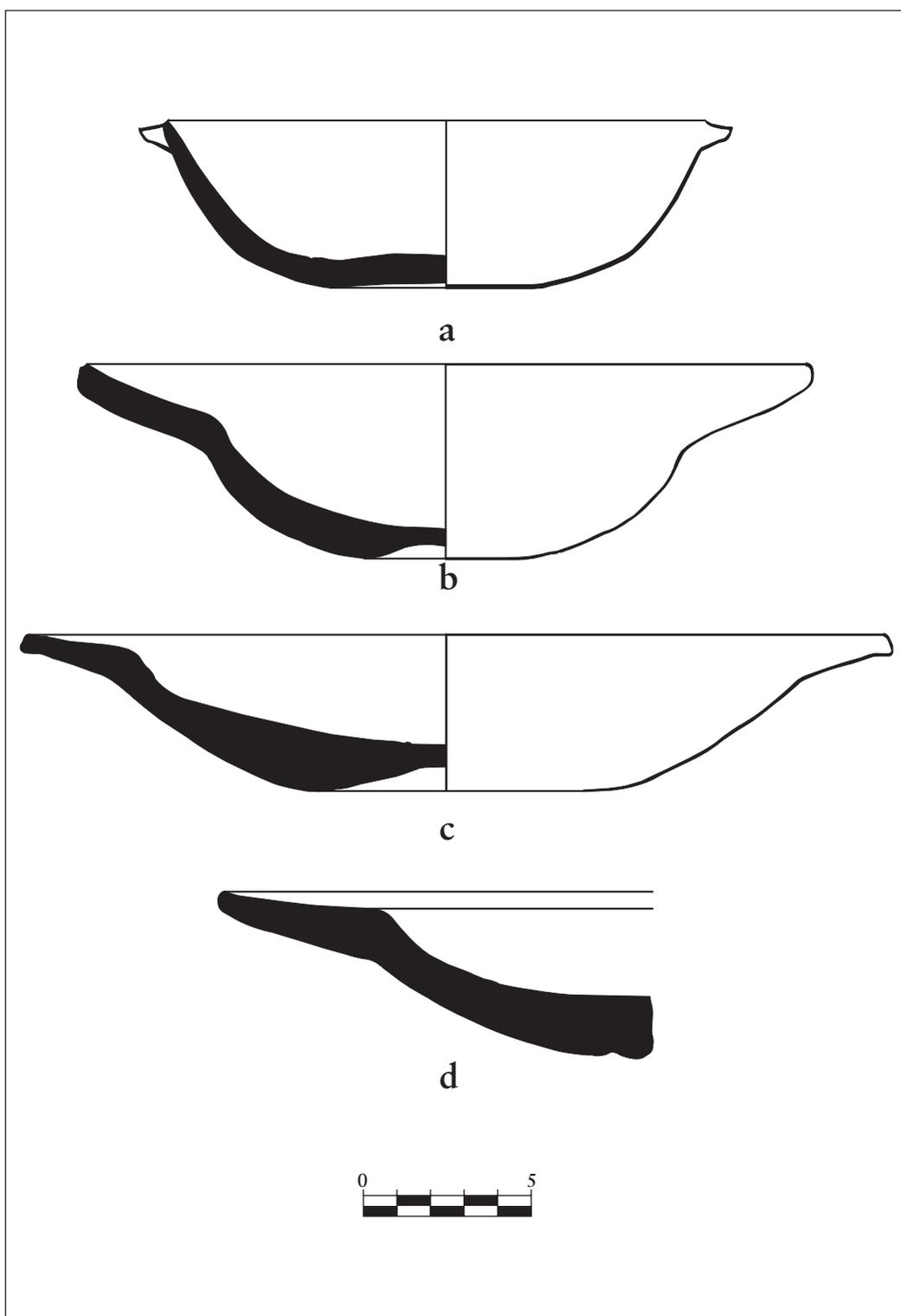


Figura 12. Formas de mesa (s. XIV-XV).

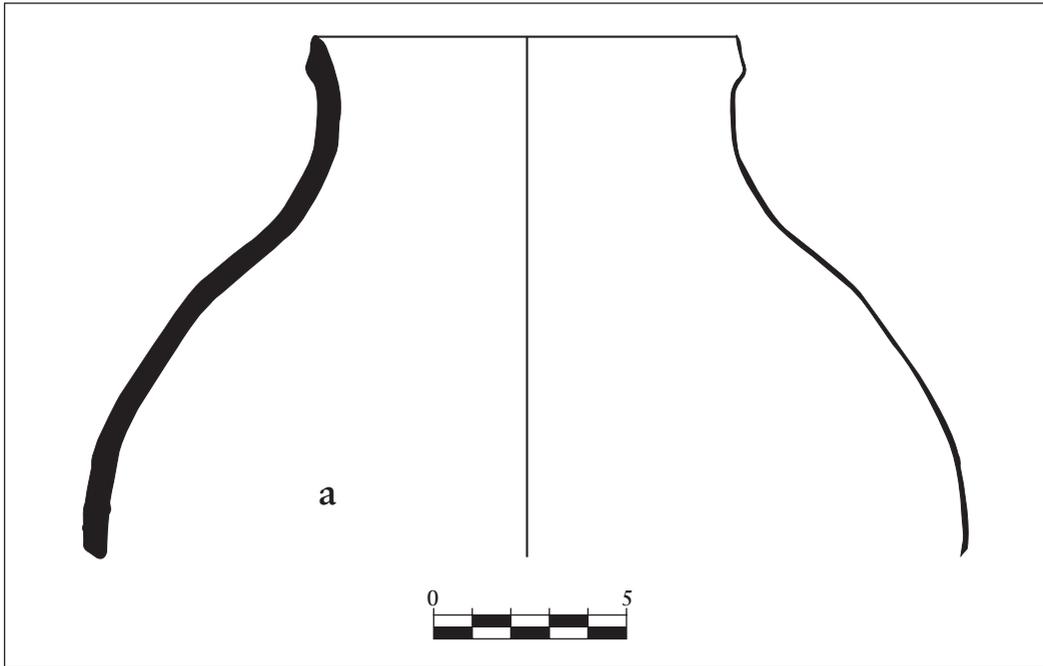


Figura 13. Útiles de almacenaje (s. XII-XIII).

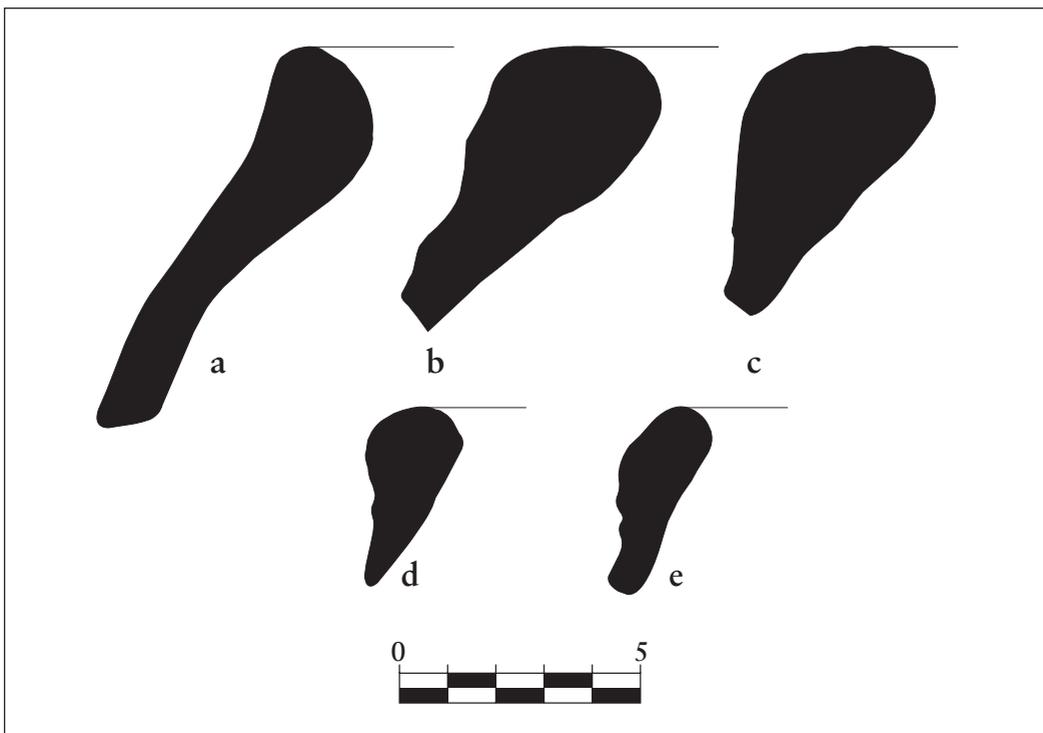


Figura 14. Útiles de almacenaje (s. XII-XIII).

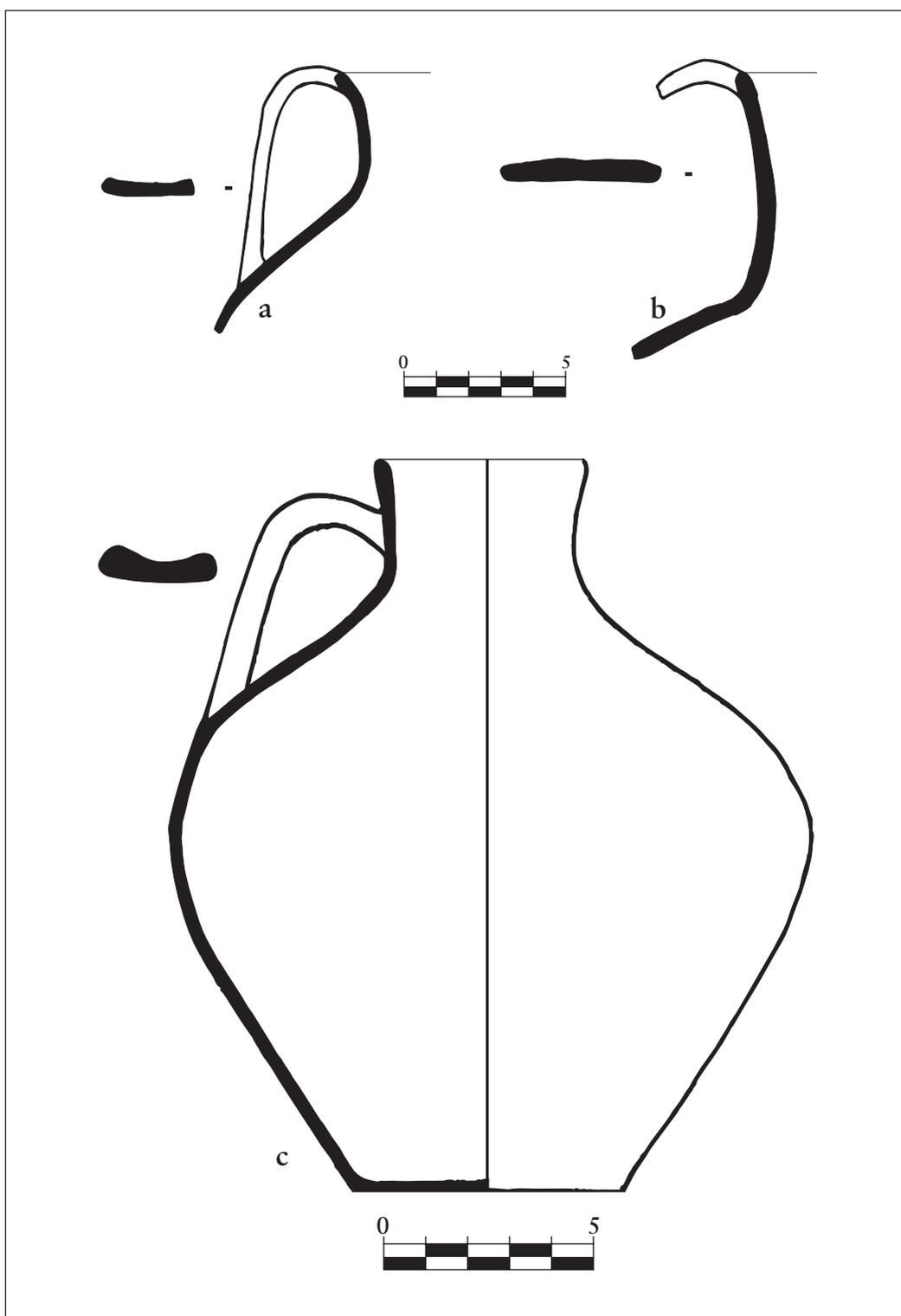


Figura 15. Útiles de almacenaje (s. XIV-XV).

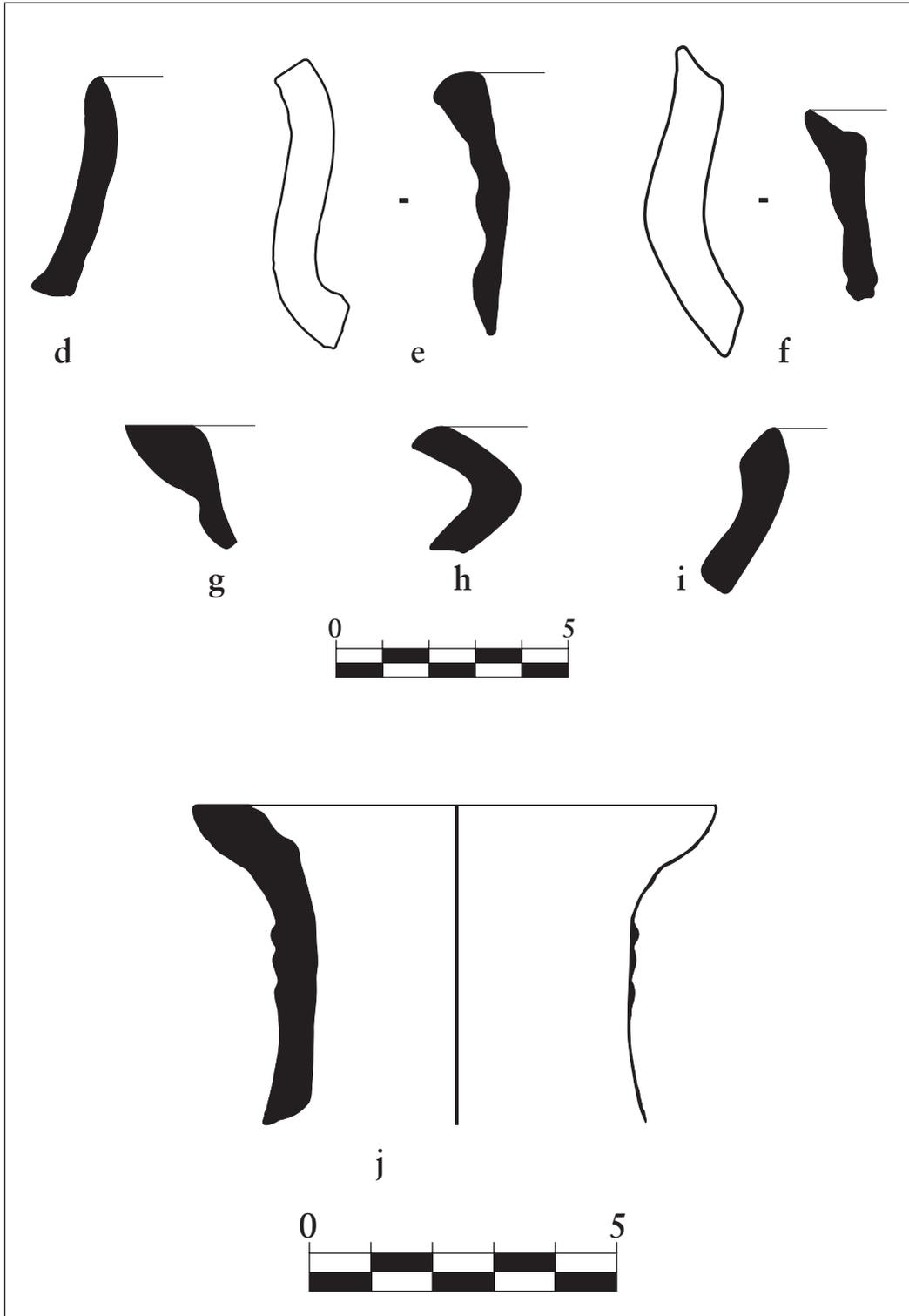


Figura 15. Útiles de almacenaje (s. XIV-XV).

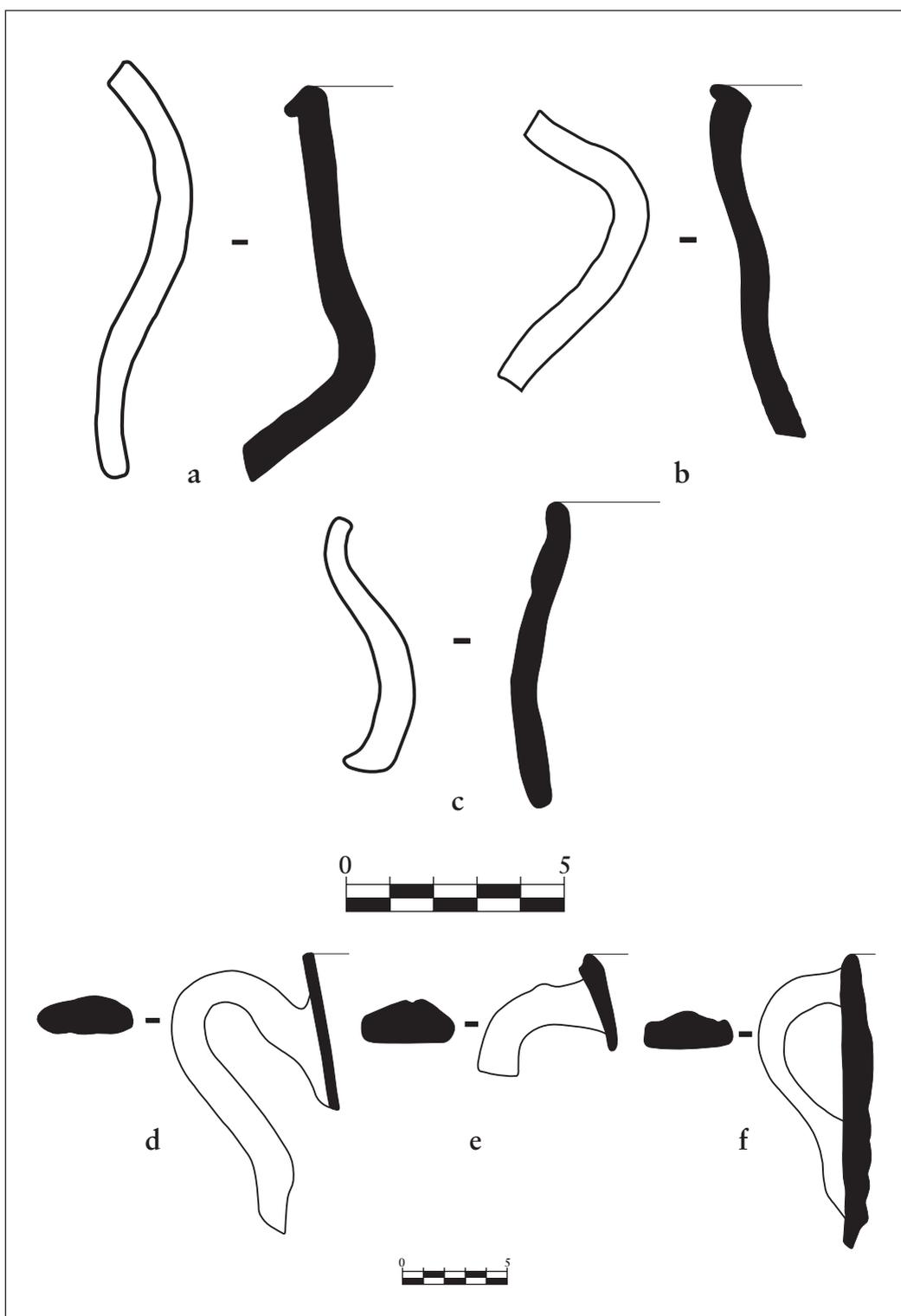


Figura 16. Útiles de almacenaje (s. XIV-XV).

3.2. Técnicas decorativas

Las marcas ornamentales se muestran fundamentalmente en las tipologías relacionadas con el servicio de mesa. En primer lugar, destaca la técnica incisa, mediante punzón o peine, que recrea uno o más registros en la superficie de la cerámica. Sus motivos son diversos y pueden presentarse tanto de manera aislada como en combinación con otros estilos, los principales son: trazos aislados de Puerta de Santa María Jus (fig. 17a), rectilíneos, ondulados del castillo de Monjardín (fig. 17c) y los concéntricos de castillo de Monjardín (fig. 17e). Se aprecian tanto en ejemplares vidriados, en La Rúa (fig. 17d), como sin vidriar; reductores en la Judería Nueva (fig. 17b) y oxidantes en un espacio cronológico muy amplio desde el siglo X al XV. De recorrido cronológico más limitado, entre los siglos XII y XIII, encontramos los útiles estampillados. Se obtiene como resultado de la impresión sobre la arcilla fresca de una pieza que, a menudo, porta motivos geométricos en disposición horizontal. Los encontramos en ejemplares reductores en el castillo de Zalatorre (fig. 18a), oxidantes con vedrío, en Santa María Jus, (fig. 18b) o sin vedrío en la Judería Nueva (fig. 18b).

A finales de la Edad Media y ligados fundamentalmente a la importación, se popularizan las adiciones en artefactos vidriados. Pueden ser tanto cordones, caso del de Santo Domingo (fig. 19a), como lentejones, caso de la La Rúa (fig. 19c). Aunque en su mayoría se trata de pastas oxidantes, también se recogen ejemplos reductores como el de castillo de Zalatorre (fig. 19b). En esta misma época se extiende otro modelo de producción foránea, a base de molduras en borde y cuello sobre todo, que consiste en una variedad preciosa del propio modelado. También las encontramos bajo superficies vidriadas y pastas oxidantes en el Castillo de Zalatorre (fig. 20b) y en la calle Calderería (figs. 20c y 20d). No podemos olvidar el precedente vidriado del siglo IX en Santo Domingo (fig. 20a). Otra técnica ornamental importante fue la pintura, se aplicaba fundamentalmente en tipología de mesa. Los útiles que la portan son fundamentalmente oxidantes, y pueden presentar desde motivos lineales en óxido de manganeso sobre superficie alisada, como ocurre en Calleja del Rey (fig. 21b) y en el castillo de Zalatorre (fig. 21c), aunque también pueden presentar formas tímidamente figurativas, como en Santa María Jus (fig. 21a). A finales del siglo XV y comienzos del XVI es cuando más se desarrolla la cerámica esmaltada. Escudillas y platos son sus principales soportes, adentrándose en un tipo de decoración bien figurativa, bien abstracta, que puede adquirir cierta complejidad. Así, tenemos bellos ejemplos de loza dorada en la calle Astería (fig. 21d) y La Rúa (fig. 21e). Ejemplos de loza pintada en azul se encuentran en Santa María Jus (fig. 21f), en el castillo de Zalatorre (fig. 21g) y en Calleja del Rey (fig. 21h).

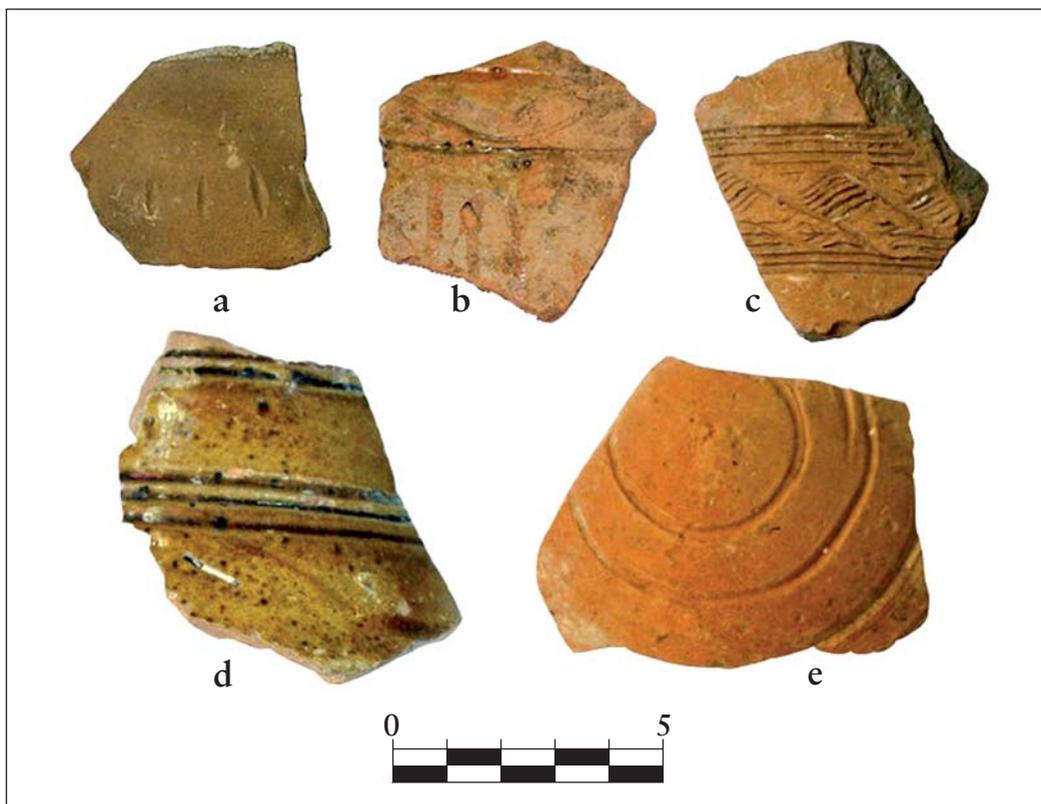


Figura 17. Técnicas decorativas.



Figura 18. Técnicas decorativas.

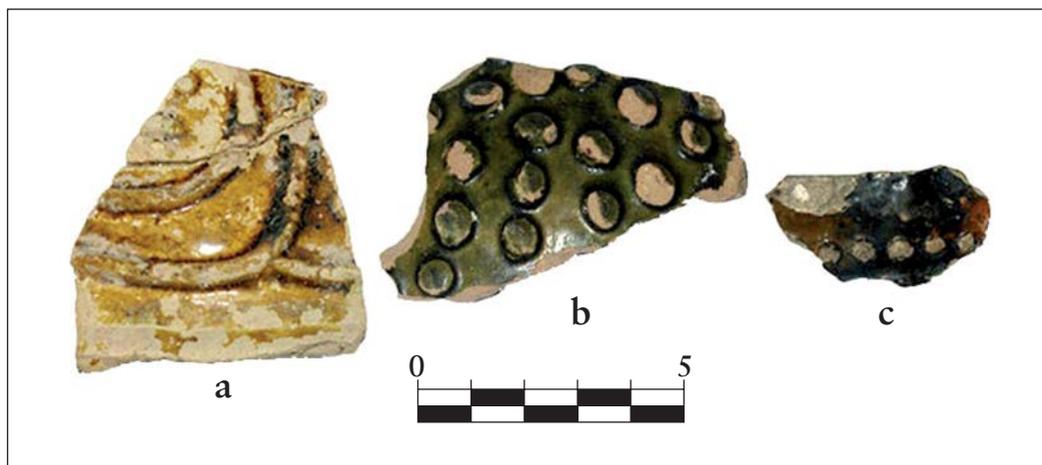


Figura 19. Técnicas decorativas.

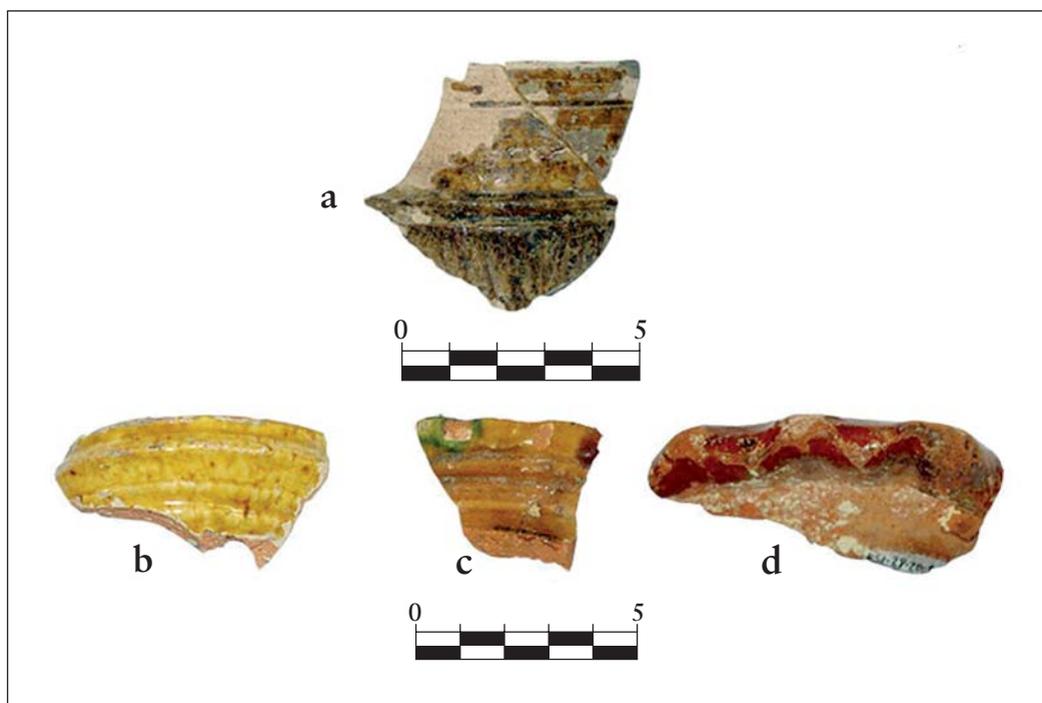


Figura 20. Técnicas decorativas.

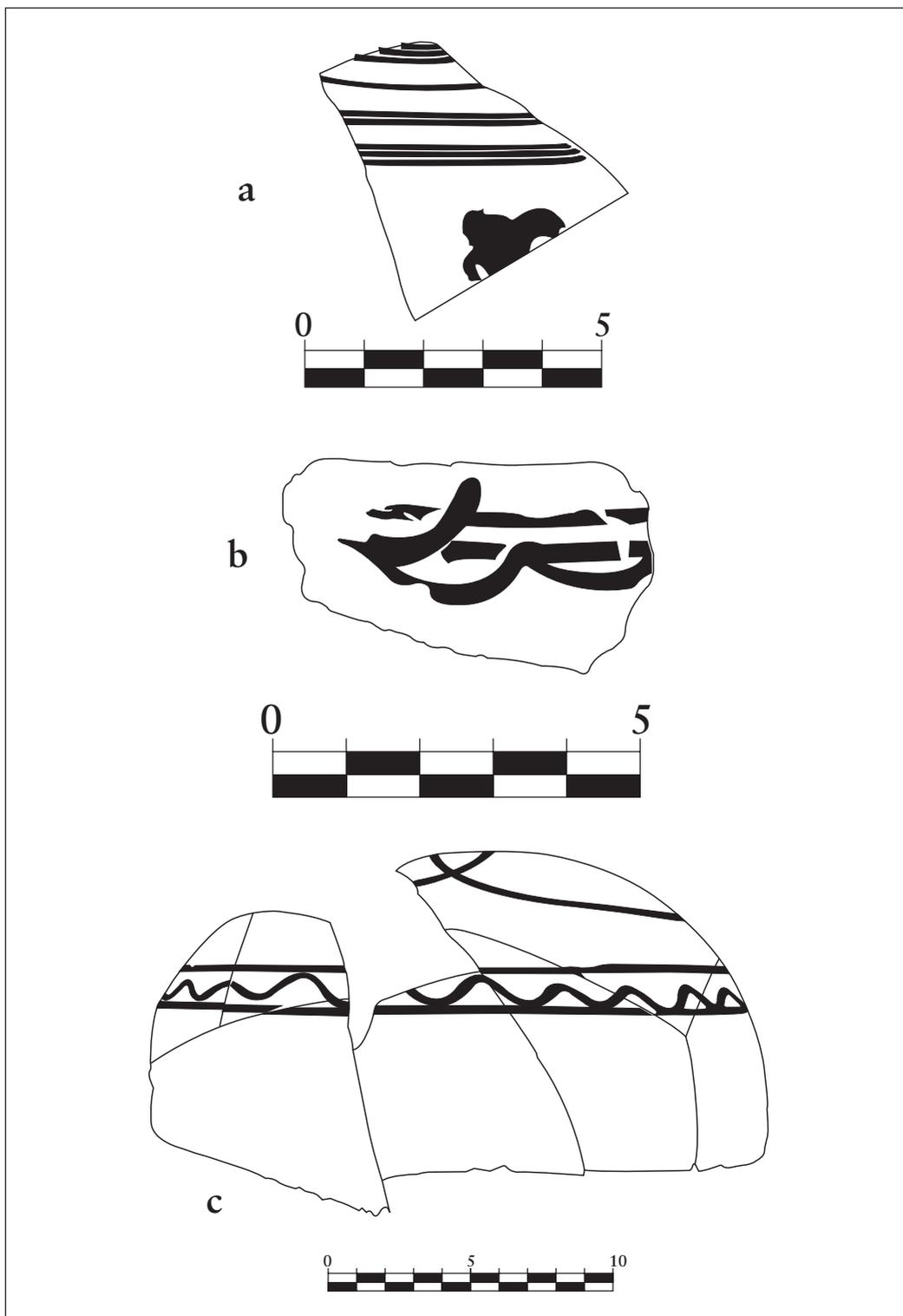


Figura 21. Técnicas decorativas.

3.3. Criterios cronológicos

Tras analizar los yacimientos, puede trazarse una radiografía cronológica. Los hallazgos más tempranos se producen en dos localizaciones diferentes que, sin embargo, están relacionadas por la presencia de estructuras fortificadas desde la Alta Edad

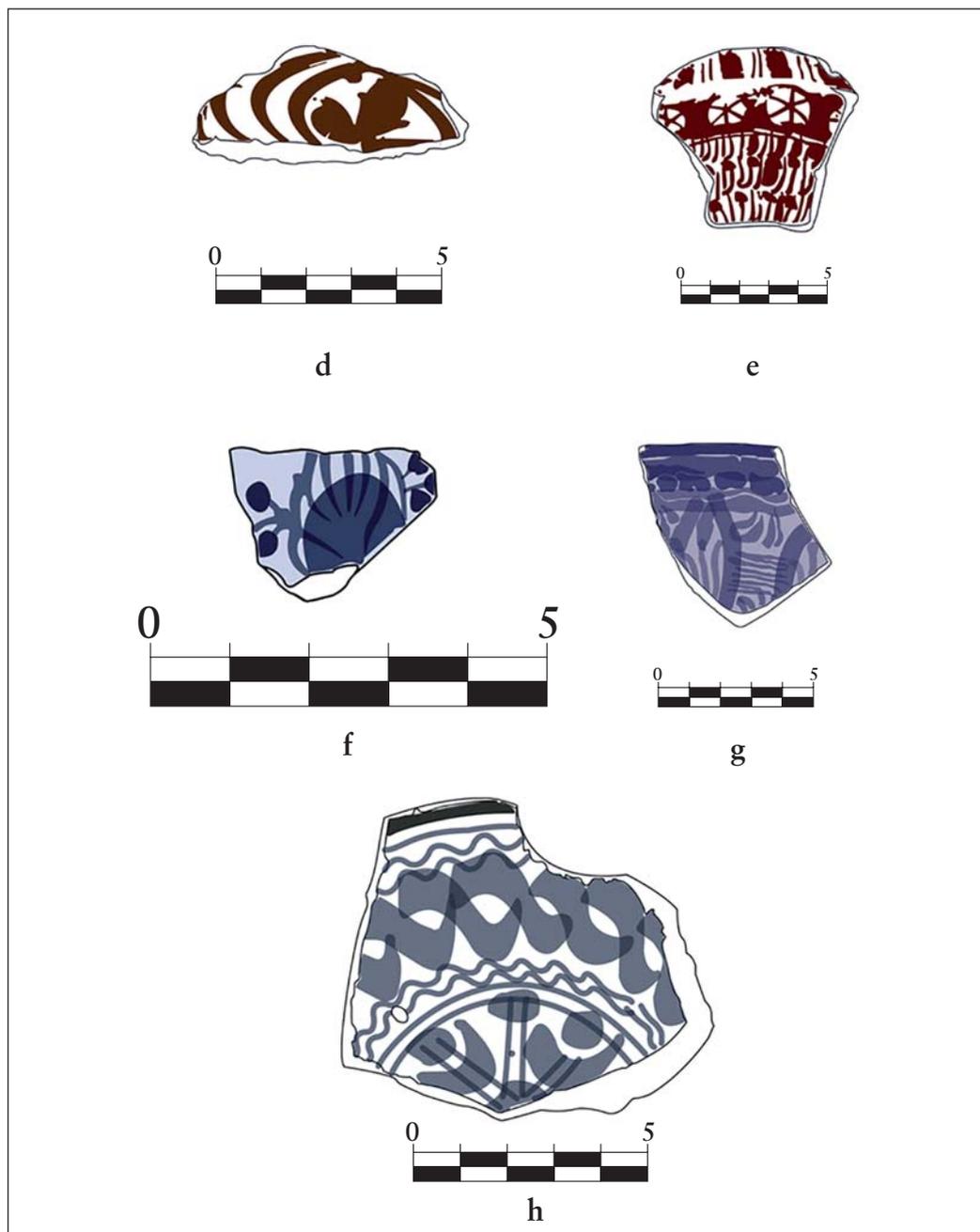


Figura 22. Técnicas decorativas.

Media. En la cumbre de Monjardín encontramos los elementos de factura local más antigua, concretamente en los yacimientos de Castillo de Deio (fig. 22) y Castillo Viejo (fig. 23). Se trata de piezas de cocina básicas, no muy bien conservadas, elaboradas a torno lento y de cocción reductora. En el área del cerro de los Castillos, pegado ya al casco urbano de Estella, encontramos otros ejemplos de la misma época en Santo Domingo (fig. 24). De todos ellos, cabe destacar un jarrito vidriado de finales del siglo IX (fig. 25). Algo más tardío, en torno a los siglos X y XI, puede calificarse el conjunto de ollas encontradas en Urbiola (figs. 26, 27, 28, 29 y 30). Son de los pocos ejemplos claros y representativos de este periodo, por lo que su importancia es mayor a la de cualquier otro conjunto encontrado, que añaden, además, su óptimo estado de conservación.

Las producciones de los siglos XII y XIII son más numerosas que en el periodo anterior, ya que se encuentran en casi todos los yacimientos investigados. Puesto que los ejemplos son abundantes, conviene citar los más sobresalientes a fin de no hacer tediosa esta exposición; en el epígrafe 4 pueden verse las fichas de todos los materiales. Entre los que se pueden destacar desde fragmentos pertenecientes a utensilios de uso común, como el de la calle Calderería (figs. 31 y 32) y La Rúa (figs. 33 y 34), hasta los característicos vidriados encontrados en Santo Domingo (fig. 35).

La especialización de formas y técnicas se deja sentir en los siglos XIV y XV. Dichas estandarizaciones perdurarán en el siglo XVI, demostrando la continuidad comercial de Estella tras la guerra civil y la conquista del reino. Se pueden observar en casi todos los yacimientos, a excepción de Urbiola. A su vez, forman el techo cronológico del presente estudio. Encontramos ejemplos de útiles no vidriados en el castillo de Zalatabor (fig. 36) y en la calle Astería (fig. 37), y vidriados en la Judería Nueva (fig. 38), Santo Domingo (fig. 39), castillo de Zalatabor (fig. 40) y calle San Nicolás (fig. 41). Los esmaltados más sobresalientes se localizaron en La Rúa (fig. 42) y Santa María Jus (fig. 43).

Las imágenes que siguen a continuación fueron realizadas por el fotógrafo profesional Miguel Suárez del Cerro:



Figura 23.



Figura 24.



Figura 25.



Figura 26.



Figura 27.



Figura 28.



Figura 29.



Figura 30.



Figura 31.



Figura 32.



Figura 33.



Figura 34.



Figura 35.



Figura 36.



Figura 37.



Figura 38.



Figura 39.



Figura 40.



Figura 41.



Figura 42.



Figura 43.



Figura 44.

4. USOS DE LA CERÁMICA

Los siguientes datos se han extraído a partir del criterio de «Equivalente de Vasija Estimado» (Orton et al., 1997, pp. 195-197). Según dicho procedimiento, el recuento debe efectuarse con aquellos fragmentos que puedan representar en sí mismos la totalidad de un artefacto. Para ello es necesario valerse de bordes, fondos o asas. El número mínimo de útiles contabilizados y, por lo tanto, la estimación más fiable, es de 2007 elementos. Para una comprensión más intuitiva, la información se presenta en forma de gráficos. El primero refleja la tipología, donde distingue artefactos de almacenaje, cocina y servicio de mesa, en relación con la cronología (gráfico 1). La secuencia temporal se ha dividido en cuatro espacios diferentes. Un periodo pre-urbano entre los siglos IX-X, después otro proto y pleno-urbano entre los siglos XI y XIII, seguido de un periodo de crisis socio-económica y política entre los siglos XIV y XV. Por último, la transición de comienzos del siglo XVI, que concluye con la conquista castellana. Pueden observarse dos pautas distintas: una se caracteriza por un consumo directo, es decir, en el que se cocina, entre los siglos X al XIII, y otra de consumo indirecto, en el que el servicio de mesa es predominante, a finales de la Edad Media. La diferencia entre ambas está en el progresivo peso del comercio, más débil al principio y más fluido al final. Paralelamente, la capacidad excedentaria crece, por eso hay un incremento de los útiles de almacenaje entre los siglos XI y XV.

En un primer avance técnico, se muestran los diferentes tratamientos de superficie (gráfico 2). En esta ocasión la estadística se basa en los 1.996 útiles que cuentan con tales propiedades, el 99,4% del total estudiado. Uno de los detalles especialmente destacables de la cerámica es la decoración. El 6,6% del total –133 útiles– tiene algún tipo de ornamento en su cara exterior. Para obtener una vista general, es necesario poner en relación tipología y técnicas decorativas (gráfico 3).

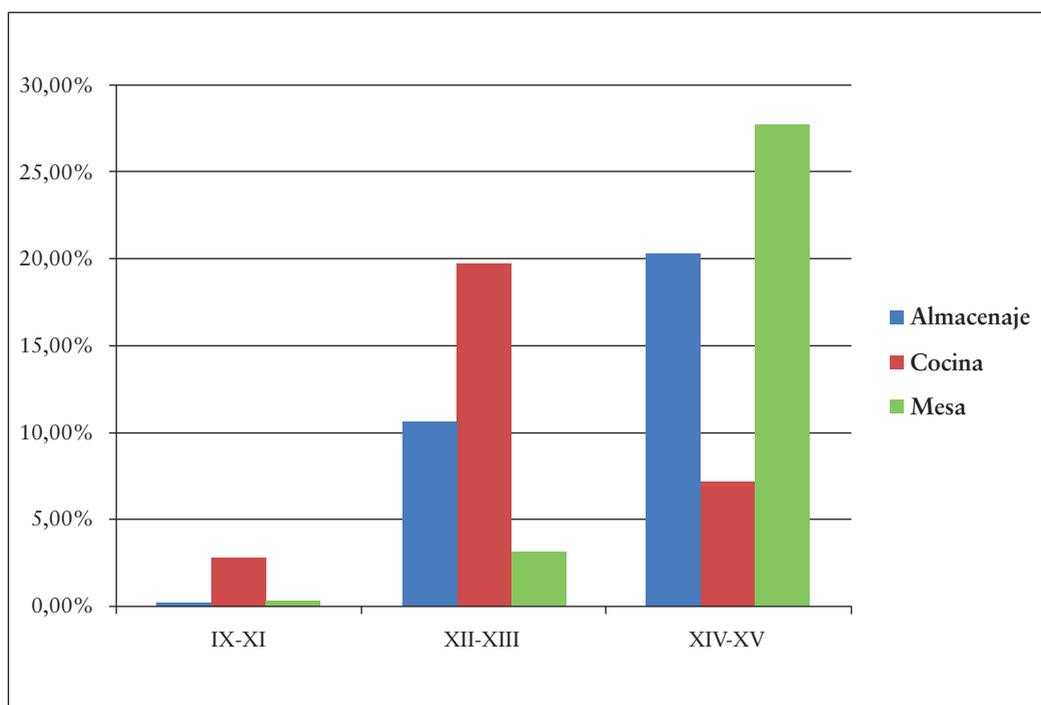


Gráfico 1.

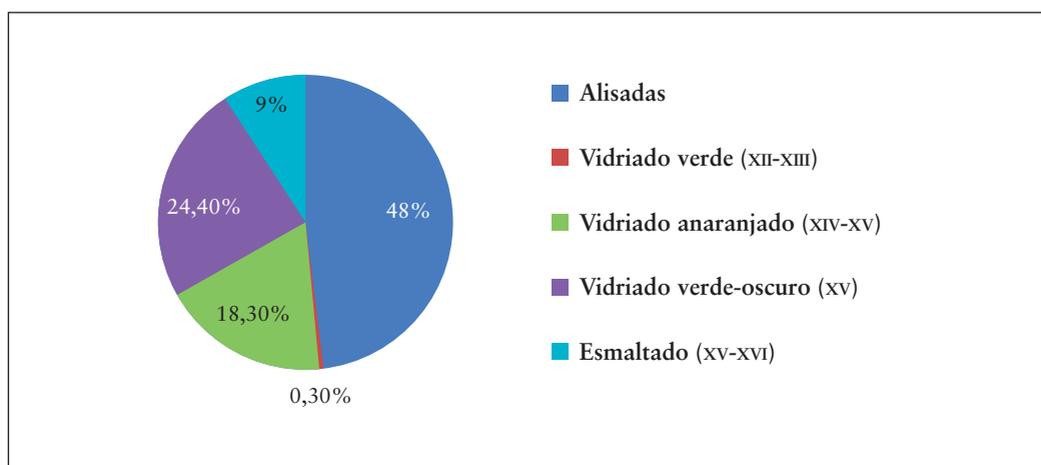


Gráfico 2. Tratamiento de superficies.

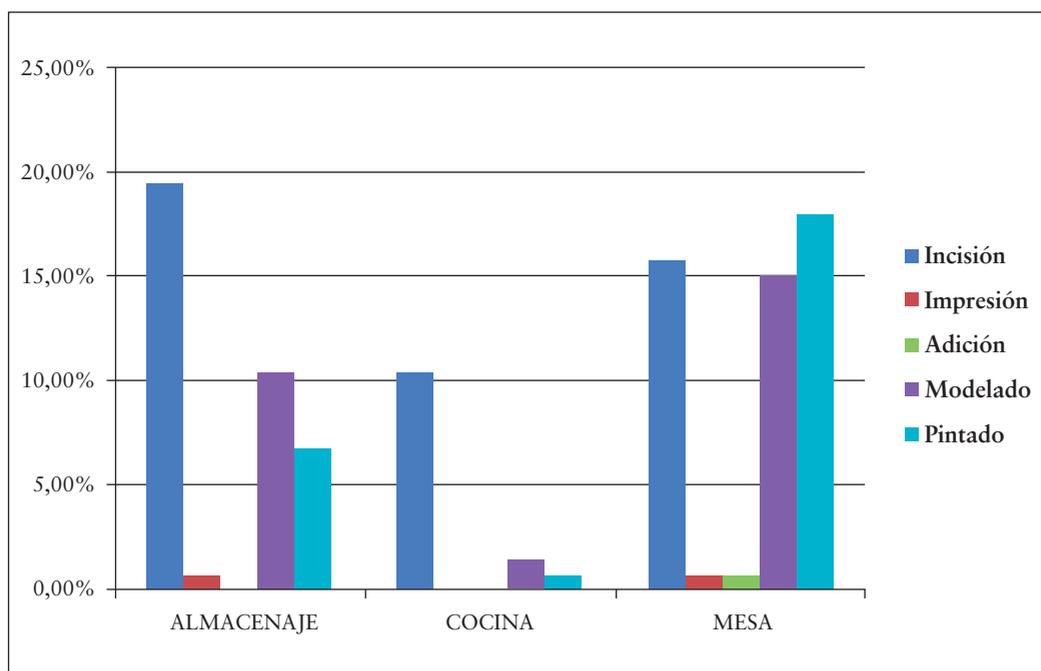


Gráfico 3.

La pauta distributiva que sigue el repertorio estellés, no se ajusta a un esquema progresivo o lineal. Tal y como demuestra el fragmento andalusí, existen elementos discordantes en un paisaje disperso altomedieval, que solo futuras excavaciones podrán aclarar. Estos contactos a larga distancia se interrumpieron temporalmente tras la conquista cristiana del siglo X. La constitución de Estella como burgo facilitó el regreso de las importaciones. La Baja Edad Media consolidó el flujo comercial, ampliando el número de importaciones. Volvió a consolidarse una élite capaz de adquirir productos de lujo, incluso en tiempos difíciles. Desde un punto de vista espacial, podemos distinguir los siguientes puntos de origen.

4.1. Navarra

La Comunidad Foral ofrece pruebas suficientes de la existencia de un mercado interior entre los siglos X y XI, con formas comunes asociadas a cocina o almacenaje. A pesar de las coincidencias formales, es precipitado establecer una red de intercambio a media distancia en este periodo. Se trata más bien de núcleos productores, locales y sin sólidos lazos entre sí. Las relaciones comerciales crecieron a finales del siglo XI, pues se aprecian varios paralelismos en la zona montañosa; Urraul Bajo o Urdiain (Jusué & Tabar, 1988, pp. 277-299) ofrecen muestras de cierta conectividad. Hablamos en su mayoría de útiles de cocina y en menor medida de jarros/as de una factura sencilla y poco especializada desde un punto de vista tecnológico. Recordemos que el inicio de actividad del horno de Caparros arranca en esta centuria (Zuza, Zuazúa & García-Barberena, 2017, pp. 243-249). No obstante, a partir de los siglos XII-XIII, se hace evidente la penetración de

productos cerámicos foráneos, hecho que contrasta con la escasez de alfares cerca de Estella. Tafalla, Rada, el Señorío de Learza (Jusué & Tabar, 1988, pp. 277-282), Pamplona (Unzu, 1993-1994, pp. 209-2011) o Tiebas (Ramos, 2001, pp. 190-191) son algunos de los yacimientos que aportan evidencias del comercio interior a finales de la Edad Media.

4.2. País Vasco

Formó parte del solar navarro hasta 1200. Por su proximidad y grado de conocimiento, Álava se presenta como un foco influyente. La relación comercial con dicho territorio era evidente a partir del siglo XII, gracias a ejemplos tan diversos como los de Rivalobello, Labastida o la propia Vitoria (Solaun, 2005, pp. 313-314). La similitud de los artefactos vidriados y no vidriados, producidos en talleres cercanos a la capital alavesa, se incrementó en los siglos XIV-XV (Solaun & Escribano, 2006, p. 266). Otros enclaves de esta época como Kurtzio (García, 1989, pp. 92-93), en la provincia de Vizcaya, nos hablan de relaciones ciertamente discutibles, si acaso esporádicas. En resumen, Álava ha sido emisor de manufacturas cerámicas presentes en Estella, no solo por su coincidencia formal, sino también por la identificación de hornos concretos. Las tipologías se centran en el servicio de mesa fundamentalmente, jarros/as en su mayoría, aunque también se encuentran algunos ejemplos de cerámica de cocina y almacenaje; vidriados o sin vidriar, con la técnica incisa como recurso ornamental.

4.3. La Rioja

Se trata de otro territorio próximo, perteneciente al reino de Pamplona hasta su extinción en 1076. La relación con Estella se aprecia en dos momentos distintos. El primero de ellos entorno a los siglos X y XI, con formas de uso común no vidriadas procedentes de las proximidades de Logroño (Solaun, 2005, p. 212). Dado el temprano paralelismo y la simplicidad de sus formas, no es posible establecer una relación con plena seguridad. Más concreta es la relación con los fragmentos recuperados en Urbiola, tal y como se desprende de los materiales de fecha temprana procedentes de San Vicente de la Sonsierra (Gil, 2001, pp. 93-101). Igualmente, pueden encontrarse paralelismos en centurias posteriores, como es el caso de la iglesia de El Salvador en Trigo (Álvarez, 1996, pp. 73-79). Pero el periodo de máxima correspondencia se registra entre los siglos XIV y XVI, donde la similitud de formas y estilos es elevada. Destaca Logroño como centro de referencia, pero sobre todo de producción: «No podía ser de otra manera si tenemos en cuenta [...] la existencia de sucesivos alfares en este sitio» (Martínez, 2014, p. 409). Las tipologías más frecuentes son aquellas relacionadas con el servicio de mesa y el almacenaje, jarros/as de tallas medias y grandes, así como contenedores que poseían una gran capacidad. Se trata de ejemplares vidriados y sin vidriar, entre los que destaca la decoración pintada en óxido y manganeso sobre superficies alisadas. Técnicas decorativas como la incisión o la adición tuvieron menor presencia.

4.4. Aragón

De todos los reinos peninsulares, este es el que más influye en el devenir de Navarra a partir desde finales del siglo XI. Su influencia determinó la revolución urbana de Estella,

pero es a partir del siglo XIV cuando sus producciones inundan el mercado del valle del Ebro. Este centro emisor de primera magnitud se caracteriza por formas de cocina, ollas de paredes finas y bordes desarrollados que portan vidrio en el interior. El servicio de mesa se compone fundamentalmente de jarros/as y platos con abundante barnizado. Además, desde finales de siglo XV, se introduce el esmaltado con gran éxito, en platos, escudillas y cuencos de diverso tamaño. Dichos útiles pueden presentar decoración pintada en manganeso verde y manganeso/loza dorada y azul. Los centros productores que más destacan son Teruel (Ortega, 2002), Huesca (Esco, 1986, p. 196), Zaragoza y Muel (Álvaro, 2002, pp. 153-192).

4.5. Valencia

Las características formales de sus producciones son muy parecidas a las de Aragón. Predomina la tipología de mesa con superficies esmaltadas, fundamentalmente escudillas. En Estella se aprecian vestigios de los siglos XV y XVI, provenientes de Castellón (Fernández, 2012, p. 83), Alicante (Azuar, 1983, p. 375), Manises (Coll, 2009, pp. 114-115) y Paterna (Lliber, 2014, pp. 213-219).

4.6. Otras localizaciones

Además del fragmento andalusí del que se hablará en el siguiente apartado, se registran importaciones bajomedievales procedentes de León (Martínez, 2011a, p. 734), Valladolid (Santamaría & Villanueva, 1992, p. 267) e incluso de Montpellier, en el sur de Francia (Vallauri & Leenhardt, 1998, p. 484).

5. CONCLUSIONES

Los primeros fragmentos de barro cocido medievales, que se recogen en el área de Estella, pertenecen a finales del siglo IX o comienzos del siglo X, y se localizan en yacimientos ligados a estructuras defensivas. Dos focos acaparan estos hallazgos: el cerro de los Castillos y el monte Monjardín. En sus respectivas cumbres encontramos fortalezas, cuyos restos arquitectónicos son algo posteriores, pero el estudio de la cerámica es concluyente. Hablamos de útiles de cocina y ollas de pastas reductoras en su mayoría, torneado lento y apariencia tosca. Su tendencia es globular, cuello vuelto y borde exvasado apenas desarrollado. En ocasiones, pueden presentar incisiones a modo de decoración. Por la factura hablamos de producciones locales que podrían haberse cocido en hornos sencillos de los alrededores, sin que hayan llegado evidencias de los mismos hasta nuestros días.

5.1. Una cerámica andalusí en Estella

En el yacimiento de Santo Domingo se recogió el fragmento de un jarrito vidriado, que parece delatar la presencia de individuos con cierto poder adquisitivo antes del año 914. Sin hornos que justifiquen su origen inmediato, nos encontramos frente a un objeto de lujo e importado. Las características técnicas del mismo no parecen amoldarse al

tipo de vidriados peninsulares de «los siglos VIII y IX» (Amorós, 2018, p. 276). La hipótesis andalusí parece la más lógica por diversos motivos. En primer lugar, la semejanza técnico-formal con las producciones de Madinat Ilbira (Carvajal, 2007, pp. 304-305) y la Meseta (Retuerce, 1998, p. 191), que nos alejan definitivamente de los vedríos visigodos. En segundo lugar, dicho hallazgo puede estar en relación con el tesorillo de *dirhemes* del siglo IX encontrado en el término Ordoiz (Uranga, 1950, pp. 85-101), a escasos 500 metros de Santo Domingo. Y, en tercer lugar, el horizonte cronológico para la difusión del vidriado andalusí, desde mediados del siglo IX, se adecua a la hipótesis inicial (Amorós, 2018, p. 285). ¿Hablamos de un grupo humano asentado y arabizado en el curso medio del Ega? Carecemos de evidencias suficientes que puedan corroborarlo. Además, dos últimas reflexiones aconsejan una interpretación prudente: por un lado, la inestabilidad del valle del Ebro, especialmente entre los años 885 y 920, que no parecía favorecer el surgimiento de élites políticas o comerciales; por otro, el concepto mismo de control que aplicamos a los Banu Qasi. Estos podían extender su influencia a partir de puntos geográficos concretos, y no precisaban necesariamente de un dominio territorial completo (Lorenzo, 2010, pp. 173 y 343). Solo futuras excavaciones podrán despejar esta incógnita.

5.2. Cerámica y desarrollo urbano

Las primeras etapas cronológicas de La Rúa, así como los estratos más antiguos de la Puerta de Santa María Jus o la Judería Nueva son buenos ejemplos. En el periodo proto-urbano de Estella –siglo XI concretamente–, las producciones no vidriadas mantienen semejanzas con otras de la Navarra media y oriental (Jusué & Tabar, 1989, pp. 13-52). Aunque la evolución técnica fuera precaria, predominaba el modelado a torno lento y las pastas reductoras, y comienzan a recogerse útiles de almacenaje que en la centuria anterior estaban totalmente ausentes. ¿Quiere decir esto que comienza a haber excedentes? Aún seguimos en un momento de intercambio incipiente, a corta distancia. También conviene recordar que los artefactos no llegaban a alcanzar un verdadero grado de especialización. La consolidación de Estella como burgo medieval, entre los siglos XII y XIII, introduce detalles específicos en la cerámica. Se aprecian ollas en pasta gris, más estilizadas, con bordes especializados para recibir tapadera y de superficies alisadas. Este nuevo tipo de útiles no solo se implanta en los nuevos burgos, sino que los tenemos presentes tanto en el cerro de los Castillos como en el entorno de Monjardín. También hay que reconocer que los ejemplos más depurados y vistosos se encuentran en el núcleo urbano, como La Rúa, la Judería Nueva o la calle Navarrería. Al mismo tiempo, se observa cierto número de ollas oxidantes, menos especializadas que las grises, y que en muchos casos corresponde a la producción local que aún sigue manteniéndose en Estella. El almacenaje experimentó cierta estilización de formas, en versiones oxidantes y superficies alisadas. La decoración seguía dominada por los motivos incisos.

Las novedades no terminan aquí. Se rompe la relación primaria entre tipologías de cocina y almacenaje, y se dispara el servicio de mesa. Los nuevos artefactos fueron jarros/as mayoritariamente oxidantes, a torno rápido y con bordes de tendencia trilobulada en los que aparece un pico vertedor. Sus superficies alisadas siguen apostando por la incisión como principal recurso ornamental y su ámbito comercial-productivo

lo encontramos en los intercambios a media y larga distancia. Estos ejemplos pueden verse tanto en el casco urbano, por ejemplo en La Rúa, la Judería Nueva o en la calle Calderería, como en áreas fortificadas. Pero la gran novedad técnica llegó con el vidriado en el siglo XII, que precisamente afectaba a los útiles de mesa. Las jarras fueron las principales beneficiadas, adquiriendo tonos verdosos que con el tiempo tendieron a ser anaranjados. Combinaban la decoración incisa, también la adición y el estampillado, que se aplicó sobre artefactos reductores y oxidantes. Los ejemplos más destacados pertenecen a yacimientos genuinamente urbanos, como Judería Nueva, pero también hay que destacar el repertorio del castillo de Zalatorre. No olvidemos que en esta época llegó a ser residencia temporal de los reyes de Navarra, lo que estimuló la llegada de cerámicas de lujo. País Vasco (Solaun, 2005, pp. 263-267) y Aragón (Ortega, 2002, p. 44) se encontraban entre los focos emisores.

Los siglos XIV y XV se caracterizan por el protagonismo que adquirieron las pastas claras, oxidantes y bien decantadas, y el hundimiento de las producciones locales. El uso del vidriado, más propio del servicio de mesa, se extendió al resto de tipologías. Además, hizo su aparición el esmaltado, tratamiento que perduró en el siglo XVI. También cabe señalar la gran cantidad de útiles que recibieron decoración. La pintura se impuso a la incisión y el moldeado a las adiciones. Los ejemplos se encuentran en la calle del Puy, la calle San Nicolás, la calle Navarrería, la calle Astería, La Rúa o la Judería Nueva, todos ellos enclaves urbanos. Así mismo, el castillo de Zalatorre sigue siendo receptor de ejemplares cerámicos muy destacados, incluso de lujo, a diferencia de lo que ocurre en Castillo de Deio y Castillo Viejo. Las fortalezas de Monjardín presentan variedades menos refinadas. El cerro de los Castillos nunca perdió su importancia estratégica.

Ollas y marmitas tenían paredes finas, pastas rojizas, bordes desarrollados para recibir tapadera y asas de corto recorrido entre el labio y el cuello, o entre el labio y la carena. Aunque alisadas, presentaban una cubierta de vidrio verdoso al interior que las hacía más aptas para la cocina. Los jarros/as adquirieron cierta sinuosidad y aumentaron sus tallas, adoptando bordes trilobulados, así como asas de gran recorrido. En superficie, portaban una capa de vidrio anaranjado o verdoso oscuro en los momentos más tardíos, bajo la que podía haber decoración incisa. Si carecían de barniz, estaban surcadas por motivos lineales en óxido de manganeso. Sin salir del servicio de mesa contamos con una gran variedad de platos, cuencos y escudillas, ya sea vidriadas o esmaltadas. Si tenían asidero, este adoptaba forma de orejones. Las variedades vidriadas se concentraron preferentemente en el siglo XIV y mediados del XV, mientras que el esmalte se impuso en la segunda mitad del siglo XV y comienzos del XVI. Incisiones y moldeados eran comunes en los útiles vidriados, mientras que la pintura en tonos azules se concentraba en la loza. Una variedad en tonos verdosos conocida como loza dorada se hizo especialmente popular desde el siglo XV, sobre todo en escudillas. El almacenaje fue, sin lugar a duda, el útil que menos evolucionó. En esta categoría se incluyen las jarras de talla grande y contenedores, en general, de pastas claras. Ocasionalmente, las superficies estaban pintadas en óxido de manganeso. Además, subsistía la tinaja tradicional, con labio redondeado y apenas engrosado al exterior, en cuyo interior comenzó a aplicarse vidrio.

La irrupción de nuevas tipologías de mesa, de tamaños y acabados diversos, evidencia un desarrollo notable del consumo. La multiplicidad de molduras y superficies pintadas nos remiten a un desarrollo técnico que hace de cada útil un ejemplar altamente especializado. La crisis económica y política de las últimas centurias no frenó este fenómeno. A medida que avanzamos en la cronología aumentó igualmente la identificación de centros concretos. Además, siguió prevaleciendo la red heredada de la etapa anterior, pues se continúan apreciando cerámicas provenientes de País Vasco (Solaun & Escribano, 2006, pp. 276-281), Aragón (Álvaro, 2002, pp. 154-208), La Rioja (Martínez, 2014, pp. 150-485), Valencia (Lliber, 2014, pp. 213-219), Castilla y León (Martínez, 2011, p. 734) e incluso el sur de Francia (Vallauri & Leenhardt, 1998, p. 484).

6. LISTA DE REFERENCIAS

- Álvaro, M. I. (2002). *Cerámica aragonesa* (vol. II). Zaragoza: Ibercaja.
- Alberdi, J. I. (1993). La actividad comercial en el espacio urbano medieval: el ejemplo de Estella. *Vasconia: Cuadernos de historia-geografía*, 21, 99-114.
- Álvarez, P. (1996). Trabajos arqueológicos en el entorno de la iglesia de El Salvador. *Estrato: Revista riojana de arqueología*, 7, 73-79.
- Amorós, V. (2018). *El Tolmo de Minateda en la Alta Edad Media. Cerámica y contexto*. Sant Vicent del Raspeig: Publicacions Universitat d'Alacant.
- Armendáriz, R. & Mateo, M. (2002-2003). Excavaciones en El Viso (Lodosa). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 16, 107-140.
- Armendáriz, J. & Jimeno, J. M. (2005). Puente la Reina/Garés: estudio histórico-arqueológico de su urbanismo y sistema defensivo medieval. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, 113-174.
- Azkarate, A & Solaun, J. L. (2003). Después del Imperio romano y antes del año mil: morfología urbana, técnicas constructivas y producciones cerámicas. *Arqueología de la Arquitectura*, 2, 37-46.
- Azuar, R. (1983). Panorama de la arqueología medieval de los valles alto y medio del Vinalopo (Alicante). *Lucentum*, 2, 349-383.
- Berthe, M. (1991). *Fams i epidèmies al camp navarrès als segles XIV i XV*. Barcelona: L'Avenç.
- Bielza, V. (1972). *Tierra Estella: estudio geográfico*. Pamplona: Aranzadi.
- Bohigas, R., Andrio, J., Peñil, J. & Manuel, A. (1989). Las cerámicas medievales no esmaltadas en las provincias de Cantabria, Palencia y Burgos. En J. A. Gutiérrez, R. Bohigas Roldán & J. Avelino (eds.). *La cerámica medieval del norte y noroeste de la península ibérica* (pp. 113-153). León: Universidad de León.
- Carrasco, J. (1993). *Sinagoga y mercado*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Carvajal, J. C. (2007). *El poblamiento altomedieval de la vega de Granada a través de su cerámica*. Granada: Universidad de Granada.
- Coll, J. (2009). *La cerámica valenciana. Apuntes para una síntesis*. Valencia: Asociación Valenciana de Cerámica.
- Esco, J. C. (1986). Alfares, alfareros y producción cerámica en la Huesca medieval: siglos X-XV. *Bolskan: Revista de arqueología del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 3, 169-196.

- Fernández, A. (2012). Un cargamento de cerámicas medievales en la costa de Almassora (Castellón). *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 30, 79-89.
- Floristán, A. (1990). De Lizarra a Estella: una reflexión geográfica. *Príncipe de Viana*, 190, 307-316.
- Floristán, A. (1996). *Geografía Navarra*. Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra.
- García, M. C., Heredia M. C., Rivas, J. & Orbe, M. (1982). *Catálogo monumental de Navarra. Merindad de Estella* (vol. 2*). Pamplona: Gobierno de Navarra.
- García I. (1989). La cerámica medieval no esmaltada en la vertiente marítima del País Vasco (territorios de Bizkaia y Guipúzcoa). En J. A. Gutiérrez, R. Bohigas Roldán & J. Avelino (eds.). *Cerámica medieval en el norte y noroeste de la península ibérica* (pp. 87-111). León: Universidad de León.
- García, J., Martín, M., Fernández, E., Marcos, G., Misiego, J. & Sanz, F. (2011). La iglesia de San Pedro de la Rúa de Estella (Navarra): intervención arqueológica integral. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 23, 175-274.
- Gil, L. (2001). Seguimiento arqueológico de las obras del regadío de la Sonsierra. *Estrato: Revista riojana de arqueología*, 13, 93-101.
- Goñi, J. (1990). *Historia eclesiástica de Estella*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Gutiérrez, A., Ollich, I. & Rocafiguera, M. de (2008). Las cerámicas de cocción reductora del yacimiento de L'Esquerda. En S. Rovira, M. García-Heras, M. Gerner & I. Moreno (eds.). *Actas del VII Congreso Ibérico de Arqueometría* (pp. 297-308). CSIC.
- Iturbide, J. (2010). *Estella*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Jusué, C. & Tabar, I. (1988). Cerámica medieval navarra: producción no vidriada. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, 273-318.
- Jusué, C. & Tabar, I. (1989). Notas sobre la cerámica medieval navarra no vidriada. En J. A. Gutiérrez, R. Bohigas Roldán & J. Avelino (eds.). *La cerámica medieval del norte y noroeste de la península ibérica* (pp. 13-52). León: Universidad de León.
- Lacarra, J. M. (1975). *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*. Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra.
- Legarda, J. M. (2009). La Judería Nueva de Estella. Intervención arqueológica, 2008. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 21, 325-337.
- Legarda, J. M. (2010). Estructuras defensivas en la ciudad de Estella. Resultados arqueológicos. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 22, 163-194.
- Lliber, A. (2014). Relaciones protoindustriales en la producción cerámica. Manises y paterna en la segunda mitad del siglo XV. *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 24, 213-239.
- Lorenzo, J. (2010). *La dawla de los Banu Qasi. Origen, auge y caída de una dinastía muladí en la frontera superior de Al-Andalus*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Martín, A. (1990). La fundación del burgo navarro, Estella. *Príncipe de Viana*, 190, 317-328.
- Martín, A. (1994). El Camino de Santiago y la articulación del espacio navarro. *XX Semana de Estudios Medievales, Estella, 26 a 30 de julio de 1993, 1994* (pp. 129-156). Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura.

- Martinena, J. (2008). *Navarra: torres, castillos y palacios*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Martínez, R. (2011). La actividad alfarera en la ciudad de León durante los siglos medievales. *Anuario de Estudios Medievales*, 41(2), 723-753.
- Martínez, M. (2014). *La producción cerámica en la Baja Edad Media: el alfar de la calle Hospital Viejo de Logroño* (tesis doctoral). Recuperada de Dialnet. (<https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=40216>).
- Ortega, J. M. (2002). *La cerámica bajomedieval de Teruel*. Teruel: Museo de Teruel.
- Orton, C., Tyres, P. & Vince A. (1997). *La Cerámica en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- Pavón, J. (2001). *Poblamiento altomedieval navarro*. Pamplona: EUNSA.
- Quirós, J. A. (2012). Archaeology of architecture and archaeology of houses in Early Medieval Europe. *Arqueología de la Arquitectura*, 9, 131-138.
- Ramos, M. (2001). Excavaciones en el castillo de Tiebas (Navarra), primer informe profesional, 1998. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 15, 167-214.
- Ramos, M. (2008). Prospecciones arqueológicas en el Castillo Viejo. *Tierra de Deio*, 4-6.
- Ramos, M. (2015). Intervenciones arqueológicas en el castillo de Estella (2001-2010). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 27, 185-120.
- Ramos, M., Sánchez, P. & Sanz, J. (1995). Una estela funeraria del cementerio de la iglesia de San Juan Bautista, Estella. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 66, 545-549.
- Ramos, M., Labé, L. & Sánchez, A. (2011). Arqueología y cultura judáica. *Príncipe de Viana*, 253, 121-133.
- Retuerce, M. (1998). *La cerámica andalusí de la meseta*. Madrid: CRAN.
- Santamaría, J. E. & Villanueva, O. (1992). Un lote cerámico de época medieval procedente del solar n.º 3 de la calle San Juan de Dios de Valladolid. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, 58, 263-278.
- Sanz, J. (1993-1994). Resumen de las actuaciones en la iglesia del Santo Sepulcro de Estella. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11, 316-318.
- Solaun, J. L. (2005). *Cerámica medieval del País Vasco (siglos VIII-XIII)*. Vitoria: EKOB.
- Solaun, J. L. & Escribano, S. (2006). Aproximación a la caracterización y organización de la producción cerámica Tardomedieval en Vitoria-Gasteiz (siglos XIV-XV). *Estudios de Arqueología Alavesa*, 23, 227-286.
- Unzu, M. (1993-1994). Aparcamiento Plaza San Francisco: seguimiento arqueológico. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11, 199-239.
- Uranga, J. (1950). El hallazgo de «dirhemes» del Emirato en San Andrés de Ordoiz (Estella, Navarra). *Príncipe de Viana*, 38-39, 85-101.
- Vallauri, L. & Leenhardt, M. (1998). Mutations et transferts: l'apparition des glaçures dans le midi Méditerranéen. En *La céramique médiévale en Méditerranée: Actes du VI^{ème} Congrès International de l'AIECM2* (pp. 479-486). Aix-en-Provence: Éditions Errance.
- Zuza, C., Zuazúa, N. & García-Barberena, M. (2017). Pueblo Viejo de Caparrosa, campaña de excavaciones arqueológicas 2016 y 2017. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 29, 243-249.